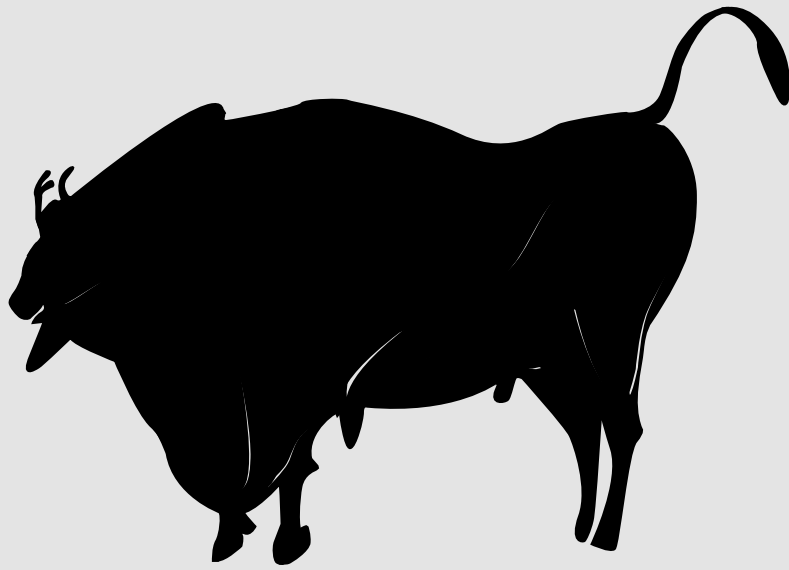


# GRANDES ÉXITOS



ANATOMÍA DE LA HISTORIA

**Publicado bajo una licencia Creative Commons 3.0 (Reconocimiento – No comercial – Sin Obra Derivada) por:**

Anatomía de la Historia, 2012.

ISSN: 2174-8977

[www.anatomiadelahistoria.com](http://www.anatomiadelahistoria.com)

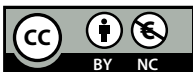
[anatomiadelahistoria@gmail.com](mailto:anatomiadelahistoria@gmail.com)

**Edición a cargo de:**

José Luis Ibáñez Salas

**Diseño:**

Anatomía de Red



# Grandes éxitos

## Anatomía de la Historia

### 1808, Dos de Mayo. Dos alcaldes.

**La patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa.**

**¡Españoles! Acudid a salvarla.**

**Mayo 2 de 1808.- El Alcalde de Móstoles**

Estas líneas pasaron, durante más de cien años, por ser el contenido de un bando que inició la **Guerra de la Independencia** contra los franceses. El autor del escrito, y por tanto, quien comenzó la sublevación del pueblo español no sería otro que **Andrés Torrejón García**, el **alcalde de Móstoles** por excelencia. Así lo ha contemplado la **historiografía antigua** y de este modo, tan injusto como inexacto, ha pasado a la memoria y a la tradición local.



De manera incomprensible en nuestros días, y aun contando con la inestimable aportación de documentos que, desde hace lustros, corroboran cómo

fueron en realidad los hechos, la tradición popular mantiene el relato de un humilde alcalde de pueblo que declaró la guerra al todopoderoso **Napoleón**.

Lo cierto es que ni Andrés Torrejón era el único alcalde de Móstoles en mayo de 1808, ni fue el redactor del conocido como **Bando de la Independencia**, ni el contenido del mismo que quedó grabado en la memoria y en las placas conmemorativas es el auténtico y, ni siquiera, se declaraba la guerra en aquel escrito. Con todo, lo peor es que, ya en el siglo XXI, permanecen mal recordados, cuando no en el olvido, los nombres de algunos de los verdaderos protagonistas de los hechos que, en aquellos convulsos inicios del siglo XIX, representaron el desmantelamiento del Antiguo Régimen en España.

### *La injusticia de una leyenda*

Entre las numerosas calles, plazas, edificios públicos, y hasta estaciones de metro de Móstoles, dedicados al recuerdo de la Guerra de la Independencia, no se encuentran los nombres de **Esteban Fernández de León**, ni de **Pedro Serrano** quienes, como veremos, fueron decisivos en la redacción y posterior transmisión del verdadero **Bando de los Alcaldes de Móstoles**. Del mismo modo, la figura de Simón Hernández, alcalde al igual que Andrés Torrejón en aquellas fechas, queda relegada a un injusto segundo plano.

En el Antiguo Régimen, la figura del alcalde era distinta a la de nuestros días. Se trataba, no de la persona que dirigía el gobierno de un ayuntamiento, sino de la primera instancia en la administración de justicia que imperaba entonces. Dicho cargo era colegial, de modo que recaía en dos hombres, uno designado

por el **estado noble**, de entre los **hidalgos**, y otro por el **estado llano**, de entre los **pecheros**. Estos últimos eran conocidos así puesto que, a diferencia de los hidalgos, estaban obligados a pagar impuestos, esto es, *a pechar*.

En enero de 1808, en la **ermita de Nuestra Señora de los Santos** como era costumbre cada primero de año, se procedió al acto de nombramiento de los dos alcaldes. En el acta, que se conserva en los archivos parroquiales, quedó reflejada la circunstancia de que ninguno de los únicos dos hidalgos censados en Móstoles se presentó aquel año a la elección. La designación de los alcaldes se realizaba por el método de **insaculación**, que consistía en introducir los nombres de los cabezas de familia en una bolsa o saco. Un niño extraía de la bolsa un tejuelo por cada uno de los estados. El sorteo de aquel año fue irregular ya que, al no querer ninguno de los hidalgos ser alcalde, no se introdujeron los tejuelos con sus nombres. De este modo, por el estado noble se nombró, en depósito, a **Andrés Torrejón García**, labrador de setenta y dos años y, por el estado llano a **Simón Hernández Orgaz**, también labrador, que contaba con sesenta y cinco años de edad.



Ambos alcaldes lo eran en la misma condición, es decir, **alcaldes ordinarios** y, por tanto, **administradores de justicia en primera instancia** en la localidad. La tradición ha querido que Simón Hernández adquiriera un papel secundario o accesorio con respecto a la figura de Andrés Torrejón, cuando el primero no hizo protesta de su nombramiento. En cambio, el reconocido alcalde de Móstoles sí que protestó, por no corresponderle el nombramiento en

su condición de campesino y en atención a su avanzada edad. Pero, de nada sirvieron las quejas.

#### *La gestación del levantamiento*

Es bien sabido que mediante el **Tratado de Fontainebleau** (27 de octubre de 1807), el valido español **Manuel Godoy** y el emperador **Napoleón Bonaparte** llegaron al acuerdo del reparto de Portugal una vez que fuera tomada Lisboa por un ejército franco-español. De este modo, el rey **Carlos IV** permitió la entrada de tropas francesas en nuestro territorio. Napoleón supo aprovechar los enfrentamientos entre Carlos IV y el príncipe de Asturias, su hijo Fernando, y la consiguiente debilidad de la monarquía española. Así, ocupó de hecho varias ciudades que se encontraban próximas a la frontera y las situadas en la ruta hacia Lisboa.

Los partidarios del príncipe instigaron, en marzo de 1808, un motín en la localidad madrileña de **Aranjuez** con el resultado de la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV en su hijo, ya **Fernando VII**. El día 23 de ese mes de marzo, y con la excusa de mantener el orden en la capital, el general **Jochim Murat, gran duque de Berg** y cuñado de Napoleón, se apostaba en Madrid con sus tropas.

Las pretensiones de Napoleón pasaban por convertir a España en uno más de sus estados satélites y las disputas dinásticas obraban en su favor. Fernando VII no fue reconocido como rey por Francia y Murat persuadió a Carlos IV para que negase la validez de su abdicación. El objetivo último era conseguir la renuncia a la Corona de ambos monarcas y los hechos se precipitaron de tal modo que, a finales de abril y tras las **abdicciones de Bayona**, las bochornosas intrigas entre padre e hijo consiguieron dejar en manos de Napoleón el trono de España.

La ocupación militar de hecho por parte de los franceses, unida a las nada disimuladas intervenciones en la administración española, más las continuas manifestaciones de fuerza por parte de Murat, con exhibiciones de tropa y revistas en Madrid, generaron un clima de abierta hostilidad antifrancesa.

Así llegamos a la madrileña mañana del **2 de mayo de 1808**, cuando la salida de los miembros de la familia real que aún no estaban en Bayona era inminente. A las puertas del **Palacio Real** se hallaba congregada una multitud de ciudadanos que intentaban impedir lo que consideraban el secuestro del hijo menor de Carlos IV, el **infante Francisco de Paula**. Murat ordenó abrir fuego contra la multitud y nada menos que tres cañones fueron los primeros causantes de los centenares de muertos de esa aciaga jornada en Madrid.

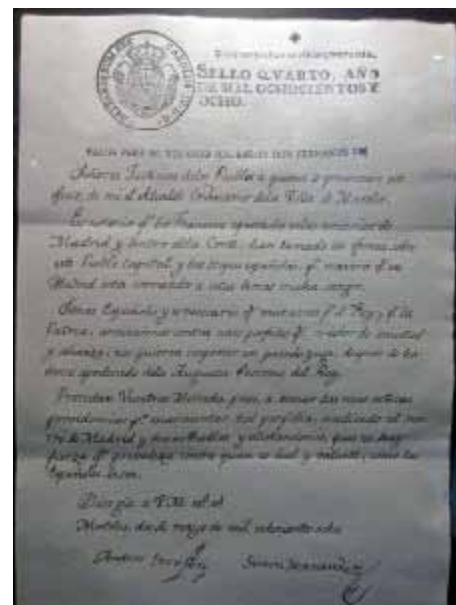
**Esteban Fernández de León**, antiguo intendente del Ejército y de la Hacienda en Caracas, se encontraba en la capital en el momento de los sucesos y dispuso su marcha hacia su tierra natal, en la provincia de Badajoz. Realizó una primera parada en Alcorcón, pueblo colindante con Móstoles, para recoger información procedente de los que huían de Madrid. Él mismo describió los hechos en su *Relación de servicios y méritos y de su conducta durante la anterior revolución* que hubo de redactar para conseguir el reconocimiento de su esfuerzo ante los tribunales impuestos por Fernando VII, a su regreso al trono, para depurar responsabilidades políticas durante los años de la Guerra de la Independencia. Así, sabemos de su puño y letra que realizó el viaje acompañado de su familia y de José de Ibarra, Manuel García, presbítero, y Pedro Serrano, “a quien asociaban seis soldados españoles”.



Una vez en Móstoles, fue al encuentro de **Juan Pérez Villamil y Paredes**, conocido suyo y, como él, ferviente absolutista fernandino. Villamil ocupaba en esos días, amén de la dirección de la Real Academia de Historia, los cargos de auditor general y

secretario del Almirantazgo. Además, era miembro de la clandestina **Junta de Sustitución**, organismo integrado por fernandinos dispuestos a asumir el control del país en el más que probable caso de que Murat controlase la Junta de Gobierno dejada por Fernando VII al dirigirse a Bayona.

Aunque asturiano de origen (como Jovellanos a quien sustituía interinamente en la Junta de Sustitución, valga la redundancia) nacido en Puerto de Vega, en el concejo de Navia, Villamil poseía diversas propiedades en Móstoles. Se encontraba en su casa de la calle Navalcarnero, en la actualidad calle Villaamil (sic), cuando Fernández de León le puso al corriente de la gravedad de lo que sucedía en la capital y le indujo de este modo a redactar un bando, no para declarar la guerra, ni muchísimo menos, sino para advertir a las poblaciones españolas del sur, libres hasta ese momento de la ocupación francesa, sobre los acontecimientos que bañaban de sangre Madrid. Este sí que fue el verdadero (y mal llamado) **Bando de la Independencia** y su texto íntegro el siguiente:



«Señores Justicias de los pueblos a quienes se presentare este oficio, de mí el Alcalde Ordinario de la Villa de Móstoles:

Es notorio que los Franceses apostados en las cercanías de Madrid y dentro de la Corte, han tomado la ofensa sobre este pueblo capital y las

**tropas españolas, por manera que en Madrid está corriendo a esta hora mucha sangre.**

**Como Españoles es necesario que muramos por el Rey y por la Patria, armándonos contra unos pérfidos que, so color de amistad y alianza, nos quieren imponer un pesado yugo, después de haberse apoderado de la Augusta persona del Rey.**

**Procedan Vuestras Mercedes, pues, a tomar las más activas providencias para escarmentar tal perfidia, acudiendo al socorro de Madrid y demás Pueblos y alentándonos, pues no hay fuerza que prevalezca contra quien es leal y valiente, como los Españoles lo son.**

**Dios guarde a Vuestras Mercedes muchos años.**

**Móstoles dos de Mayo de mil ochocientos ocho.**

**Andrés Torrejón y Simón Hernández»**

Por razón de sus cargos, Villamil conocía perfectamente las formalidades que debía adaptar el escrito para que tuviese legitimidad jurídico-legal y validez administrativa. De este modo, lo presentó a la rúbrica de los dos alcaldes, que emitieron un oficio, con fe notarial del escribano municipal **Manuel del Valle**, que debía ser transmitido de alcalde a alcalde mediante posta oficial.

Tanto Andrés Torrejón como Simón Hernández fueron apresados para comparecer ante Murat por firmar el bando. Declararon, en su descargo, que el escrito se lo hizo firmar *“un hombre no conocido, que se apareció con tropa en Móstoles la tarde del dos de mayo”*. Ambos fueron condenados a muerte por delito de sedición. Una fianza de treinta mil reales les libró de la condena.

Según las *Relaciones* de Esteban Fernández de León, fue **Pedro Serrano**, uno de sus acompañantes, quien se ofreció a llevar el bando a modo de posta (carta oficial) hasta las Andalucías, de donde era natural. Convertido de esta manera en postillón, Pedro Serrano partió hacia las siete de la tarde del dos de mayo, a caballo por el Camino Real de Extremadura. A última hora de la noche llega a **Talavera de la Reina** y al atardecer del día siguiente, tras haber

recorrido casi 200 kilómetros en veinticuatro horas, a Casas del Puerto (hoy **Casas de Miravete**), en la provincia de Cáceres, extenuado y enfermo. A partir de ahí, el bando se transmite por el sistema de propios.

En solo cuatro días, el oficio había llegado a la **provincia de Huelva**. Bien sea por postas, transmitido de pueblo en pueblo que contara con casa de postas, o bien por el sistema de propios, por el que cada municipio cabeza de partido se lo comunicaba a todos los pueblos de su demarcación, quedó patente la efectividad del sistema español de comunicación administrativa, precursor de cierta manera de la transmisión viral de la información.

Aunque en el Archivo Municipal de Móstoles, destruido, como tantos, durante la Guerra Civil, no existe ni el original ni la primera copia de aquel bando, en el mostoleño **Museo de la Ciudad**, inaugurado con ocasión del Bicentenario del Dos de Mayo, se expone una rigurosa reconstrucción, obtenida a partir de las copias de las que se tiene conocimiento (una en Cumbres de San Bartolomé, dos en Plasencia y otra en Logrosán).

En cualquier caso, y a pesar del conocimiento del contenido verdadero del bando desde 1908, cuando aparece una copia en el municipio onubense de **Cumbres de San Bartolomé**, es el **bando apócrifo** con sus tres escuetas pero enardecedoras frases, el que ha pasado a la posteridad.

#### *El nacimiento de un mito*

La responsabilidad de semejante secuestro de la realidad histórica la tienen algunos historiadores del siglo XIX y, sobre todo, el literato mostoleño **Juan de Ocaña** (1850-1928) quien con su obra de teatro de 1883 *El grito de Independencia o Móstoles en 1808* y sus *Apuntes para la Historia de la villa de Móstoles* de 1911, encumbró la figura de Andrés Torrejón como representante de un pueblo que protagonizó el comienzo de la guerra contra los franceses.

En la versión sobre los hechos del 2 de Mayo, ofrecida en su obra de teatro, Juan de Ocaña pone en boca de Andrés Torrejón las siguientes palabras:



*Andrés: Yo haré ver a ese ambicioso que toda la España mina, que en España, no domina su ejército victorioso. Que si soberbio y altivo entró aquí por medios feos, pasará a los Pirineos avergonzado y vencido; pues de Cádiz al Ferrol contrarrestarán su saña, y no imperará en España mientras haya un español...¡A luchar con insistencia! ¡Defendamos nuestro suelo! ¡Viva nuestra independencia! (grito general) ¡¡Vivaaa!!*

*Andrés: Será una jactancia, pero obrando sin mancilla, yo, el Alcalde de esta villa, declaro la guerra a Francia.*

De este modo, Juan de Ocaña, con buenas intenciones pero escaso rigor histórico, contribuyó de manera principal a la exaltación del patriotismo de sus paisanos otorgando carta de veracidad a la tradición oral en detrimento de las pruebas documentales que, si bien más cercanas a la realidad, restaban protagonismo a su pueblo natal.

Así se grabó en el acervo popular y consistorial, de tal modo que aún hoy se recrea cada 2 de mayo, festivo en Móstoles desde muchos lustros antes que se decretase como fiesta en toda la **Comunidad de Madrid**, la lucha del pueblo mostoleño contra el invasor francés. También es Juan de Ocaña el responsable de que el protagonismo de los hechos del Dos de Mayo en Móstoles recayese en oriundos del pueblo, en lugar de en los hombres que se sabe de cierto que fueron. De este modo, **Antonio Hernández**, hijo del alcalde Simón Hernández sería el valeroso postillón que llevó la misiva por los pueblos de Extremadura, **Fausto Fraile**, el sacerdote mostoleño que vivió los acontecimientos en Madrid esa mañana y trajo la noticia al pueblo y **Estanislao Ovejero** el secretario que dio fe de la validez del bando.

Lo cierto es que Antonio Hernández era el postillón -es decir, el mozo que iba a caballo delante de los que corrían la posta- de Móstoles en aquellas fechas. Como mucho, pudo acompañar a Pedro Serrano hasta la primera casa de postas situada en Navalcarnero. Fausto Fraile bien pudo estar en Madrid esa mañana, pero no existe ninguna constancia documental que avale esta circunstancia, y la firma de Estanislao Ovejero no figura en ninguna de las copias ni anotaciones al margen de los distintos oficios generados a partir del bando original, como sí

la de Manuel del Valle. Pero para la generación de la leyenda local resultaba mucho más efectivo atribuir los méritos a los mostoleños Fausto Fraile, Estanislao Ovejero y Antonio Hernández en lugar de Esteban Fernández de León, Manuel del Valle y Pedro Serrano, naturales de Badajoz, Burgos y Andalucía respectivamente.

La creencia de que fue en Móstoles donde se declaró la Guerra de la Independencia, se materializa en calles del municipio como, además de Antonio Hernández y Fausto Fraile, Daoiz, Velarde, Teniente Ruiz, Malasañana, Agustina de Aragón, Batalla de Bailén, Independencia, Dos de Mayo, Empecinado, Sitio de Zaragoza, o San Marcial. Por supuesto existe una calle Andrés Torrejón y un colegio público y un polideportivo con ese nombre, además de una avenida del Alcalde de Móstoles, y no de los Alcaldes de Móstoles. Simón Hernández ha de conformarse con una pequeña calle y una placa conmemorativa donde se dice que “coadyuvó” a inmortalizar este pueblo. También hay una calle y un colegio público en recuerdo de Juan Pérez Villamil, aunque en ambos casos figura el apellido Villaamil, reproduciendo el mismo error desde hace más de un siglo.



Hasta la propia nación francesa debió considerar de algún modo la figura de Andrés Torrejón y de Móstoles como iniciadores de la guerra (por cierto, no declarada hasta el 6 de junio de 1808 por la Junta Suprema de España y de Indias constituida en Sevilla), que habría que esperar hasta 1985 para que Francia firmara la paz con Móstoles. Resulta que este pueblo había seguido en guerra por su cuenta más de ciento setenta años. Y es que, claro, Andrés Torrejón no firmó el Tratado de Valençay.

Marisol Carrasco Fernández

## La Real Academia de la Historia y su Diccionario Biográfico Español



Una tertulia literaria madrileña de 1735 que derivó en reunión enfocada al estudio del pasado está en el origen de la **Real Academia de la Historia**. Tres años después era ya eso, una academia regia, tan del gusto de la época, al conseguir la protección y la autorización consiguiente del primer rey Borbón español, **Felipe V**. Eran aquellos momentos los de una de las etapas culturales más reconocibles: la **Ilustración**.

Como real academia que es, y tal como explicita su propia Web, “la Real Academia de la Historia cuenta con subvenciones de los ministerios de Educación y Cultura, para favorecer la investigación y demás tareas”. No solo, que también lo dice el sitio, pero las tiene. Resulta lógico.

Desde sus primeros días, ya lucía como esencia fundacional la formación de un **Diccionario Histórico-Crítico Universal de España**: así rezaba la Real Cédula de Felipe V, del 18 de abril de 1738. Eso y “el estudio de la Historia”. Vamos, que el diccionario enciclopédico que ha desatado recientemente una vigorosa polémica tiene de alguna manera ya unos añitos.

Si seguimos en la Web de la RAH (vayamos a las siglas, por comodidad mía y tuya, lector), “el ob-

jetivo final de esta Institución sería el de aclarar ‘la importante verdad de los sucesos, desterrando las fábulas introducidas por la ignorancia o por la malicia, conduciendo al conocimiento de muchas cosas que oscureció la antigüedad o tiene sepultado el descuido’”. Ahí es nada. Y sus primeros Estatutos de aquel 1738 tan lejano hablaban de que su objetivo esencial era el “cultivo de la Historia, para ‘purificar y limpiar la de España de las fábulas que la deslucen e ilustrarla de las noticias que parezcan más provechosas’”.

Pues bien, los académicos se pusieron ya desde primera hora a ello, al *Diccionario Histórico-Crítico Universal de España*. Y se afanaron en su boceto y en pergeñar cómo habría de ser. A pleno rendimiento. Pero, entre unas cosas y otras -una explicación poco convincente, lo sé-, no fue hasta el 21 de julio de 1999 que la RAH firmó un convenio con el Ministerio de Educación para “formar el Diccionario, en un plazo de ocho años”, palabras textuales de la propia Academia. Echaba a andar el **Diccionario Biográfico Español**, que tal sería su nombre pues la RAH se decidió a afrontar el análisis de las vidas de los principales protagonistas del país, de los “varones ilustres”.

Se crearon comisiones de académicos bajo la coordinación de uno de ellos, **Quintín Aldea**, que seleccionaron y clasificaron a los personajes incluidos, así como a los respectivos autores. Y es ahora que ve la luz, en los finales días del mes de mayo de 2011. Su director científico ha sido en todo momento el propio director de la RAH, **Gonzalo Anes**, y su director técnico, el filólogo **Jaime Olmedo**. La edición del *Diccionario* ha corrido a cargo de la propia RAH.

El número de entradas ronda las 43.000 (3.800 dedicadas a mujeres), los autores de las entradas superan los 5.000 e **Istolacio**, un caudillo del siglo III a. C., es su personaje más remoto. Pero eso sí, no incluye a nadie que haya nacido después de 1950 (salvo si se forma parte de la Familia Real o se es o se ha sido miembro del Gobierno). No será hasta 2012 que los 50 tomos planeados estén publicados, pero ya han aparecido los 25 primeros, los que llegan hasta la letra “hache”. Está previsto que todos los textos puedan ser consultados en Internet, y es ahí donde la RAH se ha comprometido a modificar



los “errores” que ahora están saliendo a la luz y que ella misma determine hayan de ser enmendados.

Y por seguir con las cifras, la cantidad de dinero aportada por los sucesivos gobiernos que en estos últimos doce años han administrado España ha ascendido a la cifra de **6,4 millones de euros**.

Si uno echa un vistazo a la nómina de autores especializados notará ausencias aparentemente inexplicables o difícilmente justificables, en especial si de especialistas en el siglo XX español se trata. Es una opinión discutible pero que ha sido manifestada ya por muchos historiadores.

Y llama la atención, y aquí empezamos a ahondar en el meollo de la polémica desatada desde que se ha publicitado la publicación del *Diccionario*, que la biografía del general **Francisco Franco** la haya redactado quien presida la fundación del dictador, un adepto, vaya, que además es un medievalista, y sin embargo la de **Manuel Azaña** haya sido escrita por un historiador que si bien es de reconocidísimo prestigio y ecuanimidad es asimismo un experto en la figura del monarca Alfonso XIII, monárquico él mismo (hablamos de **Carlos Seco Serrano**). Si solo fuera eso, la verdad es que no tendría mucha importancia el asunto... Hasta que uno lee lo que **Luis Suárez Fernández**, el citado biógrafo del vencedor de la **Guerra Civil española**, ha escrito de Franco y aprecia la más absoluta renuncia por su parte a usar los términos que ya forman parte indudable del análisis historiográfico del siglo XX español: *dictadura*, *dictador*, etcétera.

Cuando “saltó la alarma” del trato inadecuado dado a la biografía de Franco, comenzaron a ser estudiadas por distintos periodistas algunas biografías dedicadas a personajes coetáneos del general. Y a partir de ahí es cuando se empezó a echar en falta no ya la imposible objetividad sino la más mínima corrección en el uso de los conceptos historiográficos y en el trato moral dado a los personajes según pertenecieran a una u otra adscripción ideológica en la cruel coyuntura española de la primera mitad del siglo XX. Parecía demasiado evidente que no había habido rigor en el acercamiento a las vicisitudes de

algunos de los biografiados, en especial a la hora de emplear calificativos.

Baste un ejemplo, si de Franco su biógrafo no osa decir que fue un dictador (si acaso le tacha de crear un “**régimen autoritario pero no totalitario**”), algo indubitable para cualquier historiador que pertenezca a la comunidad historiográfica sin adscripciones ideológicas, el último presidente del ejecutivo de la República española durante la Guerra Civil, el socialista canario Juan **Negrín**, encabezó un Gobierno “prácticamente dictatorial”. Toma ya.

Y ahora viene a cuento lo del dinero público y el hecho del amparo de la jefatura del Estado a una institución que ha descuidado los valores más elementales de la edición historiográfica. Si no fuera por ambas cosas, aquí no nos habríamos molestado en tratar de mostrar lo inadecuado de dilapidar no solo el dinero de todos sino de tirar por un precipicio la credibilidad de la mayor experiencia dedicada a la publicación de un *corpus* de consulta ineludible para cuantos quieran saber y escribir sobre la **Historia de España**.

Conviene puntualizar, no obstante, que en modo alguno se puede responsabilizar a los autores, a ninguno de ellos, de verter su peculiar o su aceptada manera, según los casos, de entender el devenir histórico e interpretar la biografía de “sus” personajes en clave histórica. La responsabilidad última es de quienes han editado el *Diccionario*. Y ya ha quedado dicho más arriba quién lo ha hecho.

Una lástima, máxime si se tiene en cuenta que muy probablemente todo esto no sea sino una pequeña mancha de café en un inmenso cubo lleno de leche, como ya ha apuntado alguno de los autores de tan magna obra. Pero una mancha fea. Muy fea. ¿Tiene arreglo el desaguisado? Lo veremos.

José Luis Ibáñez Salas

## ***The trooper*, la más famosa y heavy carga de caballería**

Los poco más de cuatro minutos de *The trooper* ('El soldado de caballería') constituyeron el quinto corte del álbum *Piece of mind* (luego, además, motivaría su segundo sencillo). Ese disco, grabado y publicado en el primer semestre de 1983, era el cuarto LP del grupo británico **Iron Maiden**, que había debutado con el homónimo *Iron Maiden* (1980), logrado el éxito con *Killers* (1981) y alcanzado la consagración con el mítico *The number of the beast* (1982).

La música y la sociedad de los primeros años de la década de 1980 son tiempos de etiquetas, de tribus urbanas. Conviene adquirir pronto una identidad propia... antes de que te la adjudiquen (con mejor o peor suerte). Un grupo no troquelado en un estilo está condenado al ostracismo; su destino es el olvido de las casas discográficas, de las radio fórmulas y, en el mejor de los casos, la conversión en grupo de culto. No será el caso de estos británicos, capaces de hacer reventar pabellones y estadios. Banda emblemática de la suculenta explotación del *merchandising*, Iron Maiden tuvo el acierto de dar con la tecla adecuada para crear una imagen y un sonido inconfundiblemente propios.

Una canción de *los Maiden* se distingue rápidamente, pues tiene el que se acuña como **sonido Maiden**. Hasta tal punto, que Iron Maiden no es etiquetado, sino que pasa a ser buque insignia, junto con los también británicos **Saxon**, entre otros, de una nueva etiqueta, la **NWOBHM** (siglas del inglés *New Wave Of British Heavy Metal*, 'Nueva ola del *heavy metal* británico'). Realmente, se trata de la segunda generación del Olimpo del rock duro que gestaron los *dioses* del metal pesado: **Led Zeppelin**, **Deep Purple** y **Black Sabbath**.

El mencionado *sonido Maiden* tiene unos parámetros imprescindibles. Su base rítmica es muy perceptible, no en vano **Steve Harris**, prácticamente omnipresente en los créditos de los temas, es el principal fundador del grupo, su alma máter y, antes que nada, un virtuoso bajista, elegido en numerosas ocasiones por las revistas especializadas como el mejor de los ejecutantes de las cuatro cuerdas. Por ello, los

temas de Iron Maiden tienen una línea de bajo muy destacada, tratada y cuidada, que se presta al lucimiento de su líder.

No menos representativas son sus guitarras, épicas en los *riffs*, armónicas cuando cabalgan paralelas, de digitación límpida y melódica cuando llega el momento cumbre de puntear en los solos...

¿Y la voz? Tras su primer disco, interpretado por **Paul Di'Anno**, un nuevo vocalista llega a la banda. Su nombre es **Bruce Dickinson**, y la potencia y timbre de su voz, así como su descomunal y arrebatadora presencia en el escenario, completan el perfecto rompecabezas musical del *heavy metal*.

Iron Maiden en *Piece of mind*:

**Bruce Dickinson:** voz.

**Steve Harris:** bajo.

**Dave Murray:** guitarra.

**Adrian Smith:** guitarra.

**Nicko McBrain:** batería.

*The trooper* no era la primera incursión de Iron Maiden en la **temática histórica**. El gusto por los ambientes y personajes del pasado es una constante del grupo, cuyo propio nombre (en español, **La Doncella de Hierro**) alude a cierto aparato de tortura medieval consistente en una suerte de sarcófago repleto de afilados pinchos en cuyo interior se introducía -viva- a la desafortunada víctima.

Cuando Dickinson, que ha cursado estudios superiores de **Historia Antigua**, ingresa en el grupo y se convierte en su cantante y *frontman*, Iron Maiden se ciñe aún más a unos temas que se ajustan como un guante a su estilo musical épico, y que aportan un gran valor añadido a las espectaculares puestas en escena de su directo (con su mascota, el horripilante monstruo Eddie, disfrazado según convenga) y a sus negras camisetas, lucidas por *heavies* del mundo entero. Así, por ejemplo, antes de *The trooper*, Iron Maiden ya contaba en su repertorio con temas tan significativos como *The Ides of March* ('**Idus de marzo**'), *Genghis Khan* o *Run to the Hills* (sobre **el exterminio de los indios de las praderas en Estados Unidos**).

En *Piece of mind*, amén de la canción que nos ocupa, también figuran *Where eagles dare* (con la **II Guerra Mundial** como telón de fondo) o *Flight of Icarus* (centrada en el mito griego del **vuelo de Ícaro**). En el siguiente disco de estudio, *Powerslave* (un homenaje iconográfico al **antiguo Egipto**), llegarían *Aces high* (tema al que da paso un discurso de **Winston Churchill** y que versa sobre la **batalla de Inglaterra**) o *Two minutes to midnight* (sobre la **Guerra Fría**); y, posteriormente, canciones como *Alexander the Great*, cuya letra se dedica al soberano de Macedonia que todos ustedes imaginan.

Bien, pero ¿qué se narra en *The trooper*?

*You'll take my life but I'll take yours too*  
*You'll fire your musket but I'll run you through*  
*So when you're waiting for the next attack*  
*You'd better stand there's no turning back.*  
*The bugle sounds and the charge begins*  
*But on this battlefield no one wins*  
*The smell of acrid smoke and horses breath*  
*As I plunge on into certain death.*  
*The horse he sweats with fear we break to run*  
*The mighty roar of the Russian guns*  
*And as we race towards the human wall*  
*The screams of pain as my comrades fall.*  
*We hurdle bodies that lay on the ground*  
*And the Russians fire another round*  
*We get so near yet so far away*  
*We won't live to fight another day.*  
*We get so close near enough to fight*  
*When a Russian gets me in his sights*  
*He pulls the trigger and I feel the blow*  
*A burst of rounds take my horse below.*  
*And as I lay there gazing at the sky*  
*My body's numb and my throat is dry*  
*And as I lay forgotten and alone*  
*Without a tear I draw my parting groan.*



*Me quitaréis la vida, pero yo también a vosotros la vuestra*  
*Dispararéis vuestros mosquetes, pero yo atravesaré [vuestras líneas]*  
*Así que cuando estéis esperando un nuevo ataque*  
*Mejor para vosotros si os mantenéis firmes, pues no habrá retirada.*  
*Suena la corneta y la carga comienza*  
*Pero en este campo de batalla nadie va a ganar*  
*[Siento] el olor del humo acre y el aliento de los caballos*  
*Según me sumerjo en una muerte segura.*  
*Mi caballo suda de miedo, arrancamos la cabalgada*  
*El potente rugido de las baterías de cañones rusos*  
*Y según corremos hacia la muralla humana*  
*[Se escuchan] los gritos de dolor de mis camaradas al ser abatidos.*  
*Saltamos sobre los cuerpos de los ya caídos al suelo*  
*Y los rusos efectúan otra descarga*  
*Conseguimos acercarnos, pero aún estamos muy lejos*  
*No viviremos para luchar otro día.*  
*Ya nos acercamos lo suficiente como para poder luchar [cuerpo a cuerpo]*  
*Cuando un ruso me tiene a tiro en su punto de mira*  
*Aprieta el gatillo y yo siento el impacto*  
*Una ráfaga de disparos derriba a mi caballo.*  
*Y mientras yazgo mirando fijamente al cielo*

*Con mi cuerpo entumecido y la garganta seca*

*Y mientras yazgo olvidado y solo*

*Sin [derramar] una lágrima perfilo el gemido de mi despedida.*

Quizá el lector pueda adivinar el episodio histórico del que se trata si se recuerdan los versos del poeta inglés **Alfred Tennyson** (“*Hacia el Valle de la Muerte cabalgaron los seiscientos...*”), quien imaginó con su pluma la misma escena que Iron Maiden con sus instrumentos eléctricos; o un famoso largometraje de 1936, dirigido por **Michael Curtiz** y protagonizado por **Errol Flynn**.

Sí, *La carga de la Brigada Ligera*, o lo que es lo mismo, uno de los más paradigmáticos ejemplos de cómo una calamitosa acción militar desde el punto de vista táctico, que muestra un completo desprecio por la vida de los combatientes, de la *carne de cañón* propia, termina por convertirse y pasar a la historia como un símbolo de la valentía, del heroísmo y de los más acendrados valores de una nación, en este caso la Inglaterra victoriana, para la que toda propaganda resulta escasa en ese sentido.

Desde 1853 hasta 1856, se desarrolló la **guerra de Crimea**, así llamada por ser su principal escenario la península de tal nombre, hoy perteneciente a Ucrania. En aquel conflicto, el **Imperio ruso** se enfrentó a una coalición integrada por **Gran Bretaña**, **Francia**, el **Imperio Otomano** y el reino de **Piamonte-Cerdeña**.



Uno de los combates más recordados de aquella contienda fue la **batalla de Balaklava**, que tuvo lugar

el 25 de octubre de 1854. Aquel día, la **Brigada de Caballería Ligera** británica se lanzó en persecución de las tropas rusas que habían huido tras su fallido intento de levantar en Balaklava (actual Sebastopol) el asedio aliado sobre la Flota rusa del mar Negro.

El *trooper* o ‘soldado de caballería’ de Iron Maiden es uno de los miembros de aquella Brigada. Pertenece a alguno de los **regimientos de Húsares, Lanceiros o Dragones** que la integraban y a cuyo mando se encontraba el general **James Thomas Brudenell, conde de Cardigan**. La carga, parece que propiciada por una mala interpretación de las órdenes (posiblemente ambiguas) recibidas del jefe de los ejércitos británicos en aquella contienda, **Fitzroy James Henry Somerset, barón Raglan**, condujo a la Brigada por un pasillo donde fue prácticamente aniquilada por el fuego ruso.

La última estrofa de *The trooper* constituye una escalofriante y vívida descripción de lo que el guerrero debe sentir, no ya al morir, sino al verse arrojado a la muerte por sus superiores, por órdenes que le son ajenas y desconoce, pero que tiene que cumplir por su patria, representada en el campo de batalla por una bandera que siempre porta un camarada, por un estandarte que nunca debe perderse y que ha de protegerse con la vida para que no caiga en poder del enemigo.

El sentimiento del valor, del deber, del honor; pero también, más sí cabe, el horror de la guerra, el horror de la muerte, presentes en la historia en millares de batallas como la de Balaklava, reflejados, esta vez, por un gran grupo de *heavy metal*.

Rafael Esteban



## Almogávares: la infantería de elite de la Corona de Aragón

¿Quiénes eran los míticos almogávares?

“Rapidez en las decisiones y en los movimientos que desorientan a los enemigos, sumisión personal a todas las inclemencias y fatigas, dureza y persistencia de la acción que no dejan respirar al adversario”. Esta descripción realizada por **Ramón Muntaner** encaja a la perfección con los míticos **almogávares**, las tropas de infantería ligera empleadas por la **Corona de Aragón** entre los siglos XIII y XV. No obstante, el cronista medieval catalán realmente utiliza la cita en cuestión para hacer una caracterización de la actuación guerrera del rey de Aragón **Pedro III el Grande**.

Ciertamente, Pedro III no dejaba de ser un guerrero que combatía como un almogáver, un monarca que, además, basó sus éxitos bélicos en este cuerpo de élite reforzado por una poderosa flota y por experimentados líderes militares como el almirante **Roger de Lauria**. Es más, esta sentencia podría ser aplicada también a sus vástagos **Alfonso III**, **Jaime II** y **Federico II**, todos ellos hijos del monarca Grande que llegarían a ser reyes. Los dos últimos personajes estarían además implicados en las expediciones que los almogávares llevaron a cabo en Oriente por ser durante esa época reyes de Aragón y Sicilia y, por lo tanto, promotores, en parte, de dichas empresas militares.

El oficio de los almogávares no era otro que el de la guerra. Estos soldados de infantería ligera no sabían hacer otra cosa que penetrar en territorio musulmán con un número reducido de efectivos para, así, a través de pequeñas actuaciones, escaramuzas que no dejaban de provocar un gran daño al enemigo, conseguir hacerse con un buen botín. Del mismo modo, también colaboraban activamente en las campañas de conquista emprendidas por los monarcas aragoneses, constituyendo uno de los principales cuerpos de sus ejércitos.

Las ansias de rapiña de dichas tropas de infantería, o incluso únicamente su necesidad de la propia subsistencia, hacía preciso que los reyes de la Casa de Barcelona se vieran obligados, siempre que fuera posible,

a emprender constantemente nuevas campañas militares de conquista, ante el peligro inminente de que estos soldados se volvieran en contra de su señor.

En palabras de **Jerónimo Zurita**, historiador aragonés del siglo XVI, los almogávares eran *gente usada a robar y a hacer guerra a los moros por los montes y lugares muy fragosos*.

Muy difundida ha sido también la definición que sobre este cuerpo de infantería hace el cronista medieval catalán **Bernat Desclot**, en la que comenta que *“estas gentes que llamamos almogávares (...) no viven sino de armas, y no están en ciudades ni en villas, sino en montañas y en bosques, y guerrear todos los días con sarracenos y entran dentro de la tierra de los sarracenos una jornada o dos, robando (...) y traen muchos sarracenos presos (...). Y de esto viven, y sufren grandes penurias que otros no podrían soportar; que bien pueden estar dos días sin comer (...) o comerán de las hierbas de los campos (...). Y no llevan más que una gonela o una camisa, sea verano o invierno, muy corta, y en las piernas unas calzas muy estrechas de cuero y en los pies buenas sandalias de cuero; y llevan buen cuchillo (...) y lleva cada uno una buena lanza, y dos dardos y un zurron de cuero a la espalda en el que llevan pan para dos o tres días. Y son muy fuertes y ligeros para huir o para perseguir; y son catalanes, y aragoneses y serranos”*. Téngase en cuenta, por cierto, que estos *serranos* eran los habitantes de las montañas valencianas del interior.



*Tropas almogávares pertenecientes al ejército de Jaime I (detalle de un mural de fines del siglo XIII, procedente de la Sala del “Tinell” del antiguo Palacio Real Mayor de la ciudad de Barcelona).*

No se conoce a ciencia cierta cuál fue el origen de los almogávares, pero no hay ninguna duda que fue **Jaime I el Conquistador** el monarca impulsor de la utilización a gran escala de este cuerpo de infantería en las campañas aragonesas de conquista. Tal sería el éxito alcanzado por los almogávares a lo largo de su extenso reinado que hacia finales del siglo XIII, época en la que ocupó el trono aragonés su hijo y sucesor, al ya mencionado Pedro III el Grande, conquistador de Sicilia, el Mediterráneo central se iría llenando de estos rudos soldados catalano-aragoneses que sirvieron de forma efectiva a dicho rey.

Del mismo modo, los almogávares también operarían bajo las órdenes de sus herederos, **Jaime II el Justo**, rey de Sicilia que tras el fallecimiento de su hermano Alfonso III el Liberal sería coronado también rey de Aragón, y **Federico II**, rey de Sicilia tras la renuncia al trono de Jaime. El principal campo de batalla por esta época, finales del siglo XIII y principios del XIV, se situaría en torno a Sicilia y el sur de la península Itálica, área mediterránea en la que se combatiría a los **angevinos** napolitanos y a sus aliados, Francia y la Santa Sede principalmente. No obstante, a pesar de tan preciado servicio a la Corona, a partir de 1302, año de firma del **Tratado de Caltabellotta** entre Sicilia y el reino angevino de Nápoles, estos soldados, en su mayoría almogávares, dejaron de tener una ocupación clara. Su oficio, como ya hemos comentado, no era otro más que guerrear y en esos momentos no existía un lugar próximo donde poder desempeñar tal menester.

#### *Bizancio: el nuevo campo de batalla*

Los almogávares, ya lo sabemos, venían combatiendo a los musulmanes de la península Ibérica desde tiempos de Jaime I el Conquistador (1219-1276). Estaban especializados en luchar a pie contra este tipo de tropas utilizando su armamento ligero, por lo que, cuando se puede dar por finalizada la reconquista por parte de la Corona de Aragón, se trasladaron a **Sicilia** para continuar sirviendo a los monarcas de la dinastía barcelonesa en su lucha contra los angevinos. Sellada en esos momentos la paz por parte de Aragón y Sicilia con napolitanos y franceses, y encontrándose ambas coronas del Casal de Barcelona en buena sintonía con el papado, a Federico no le

quedaba otra salida que hallar una ocupación para estos numerosos almogávares que se encontraban en su reino o pronto tendría que asumir las consecuencias de tener ociosa a una multitud de soldados profesionales ansiosa por volver a combatir y conseguir cuantiosos botines.



*Los almogávares desfilando ante el emperador Andrónico II, lienzo de José Moreno Carbonero (1888). También conocido como Entrada de Roger de Flor en Constantinopla, se encuentra en el palacio del Senado, en Madrid.*

Pero la fama adquirida en toda Europa por estas tropas de élite no tardaría en facilitar la solución al rey de Sicilia. Tanto tiempo combatiendo al islam durante la estancia en el trono de Jaime I y veinte años de lucha continuada en Italia con el reinado de los herederos del rey Conquistador, Pedro III, Jaime II y Federico II, eran aval suficiente. Por esas fechas el emperador bizantino, **Andrónico II Paleólogo**, hacía un llamamiento a la desesperada al líder almogáver, **Roger de Flor**, para que pasara a su servicio y combatiera a los turcos que amenazaban Constantinopla.

Con el beneplácito de Federico de Sicilia, Roger estuvo dispuesto a aceptar la propuesta del heredero de Miguel VIII, aquel emperador que había conseguido restaurar el poder bizantino en Constantinopla expulsando a los occidentales allí instalados desde los tiempos de la Cuarta Cruzada (1204) -para más información, véase nuestro trabajo titulado **Breve Historia del Imperio bizantino** (Nowtilus, 2009)-, no sin antes exigirle una serie de condiciones: el título de megaduque del Imperio y el enlace matrimonial con una princesa de la estirpe Paleólogo. Es preciso destacar que aunque la propuesta del de Flor era



muy ambiciosa, por lo que era esperable que ni tan siquiera fuera escuchada, fue finalmente aceptada por el desquiciado emperador Andrónico II, quien ante el temible acoso **otomano** ofreció al caudillo almogáver a su sobrina, María, como esposa.

Debido al éxito en la negociación entre Roger de Flor y Andrónico, en verano de 1302 zarpaban del puerto siciliano de Messina treinta y nueve galeas que llevaban a bordo mil quinientos caballeros, cuatro mil almogávares y mil peones, además de la tripulación necesaria de marineros y remeros. La procedencia de estos mercenarios era muy variada: podían venir de cualquier territorio de la Corona de Aragón o de Sicilia. La carga económica de la expedición fue sufragada por el rey Federico.

Pero no todos los almogávares que había combatido en Sicilia se habían embarcado junto a Roger de Flor. Sin embargo, Federico encontró otra salida para estos soldados que no se habían encaminado a Constantinopla: muchos de los mercenarios catalano-aragoneses prefirieron entrar al servicio de los sultanes del norte de África y pasar a formar parte de los contingentes cristianos que luchaban en los enfrentamientos que tenían lugar entre estos soberanos musulmanes.

Tras la llegada de la expedición almogáver a **Constantinopla**, tuvo lugar la boda entre Roger de Flor y María Paleólogo. Durante la celebración de los esponsales quedaría también demostrado que la **Casa de Barcelona** se había erigido en una poderosa dinastía poseedora de un imperio marítimo aun en expansión: la potencia naval de **Génova** no tardó demasiado en dar muestras de su aversión hacia los mercenarios de la Corona de Aragón, ahora serios rivales que podían arrebatarles la hegemonía en el Mediterráneo central y oriental. El mismo día de la ceremonia se produjo una pelea entre los abundantes ciudadanos genoveses de Constantinopla y los almogávares. Ramón Muntaner describe que en el enfrentamiento murieron más de tres mil genoveses, para regocijo del emperador, que en esos momentos veía a sus aliados transalpinos como una amenaza y a los soldados catalano-aragoneses como sus libertadores.

### *Las conquistas en Oriente*

El historiador **Jesús Ernest Martínez Ferrando** divide en dos periodos distintos las campañas de la llamada **Compañía Catalana** en Oriente. La primera la califica como de *nomadismo guerrero*, y la extiende entre los años 1302 a 1311. A la segunda, mucha más amplia que la anterior, la denomina periodo de *organización sedentaria*, y tiene lugar entre 1311 y 1460. Es preciso destacar que a lo largo de estas dos etapas de expediciones almogávares en territorio **bizantino** o turco sus miembros siempre combatieron bajo la bandera de Aragón, lo que da una idea de que a pesar de que guerrearán con autonomía en dicho territorio, lo hacían bajo el emblema de los monarcas de la Casa de Barcelona. Debido a ello, los reyes Jaime II de Aragón y Federico de Sicilia nunca perdieron la pista a la Compañía y considerarían sus hazañas como logros propios, especialmente el segundo de ellos, que como ya hemos mencionado sufragó la expedición inicial y que, como podremos observar en breve, llegó incluso a recibir vasallaje por las tierras conquistadas.

Los mayores logros de Roger de Flor tendrían lugar a partir de 1303, cuando sus tropas, ya en Anatolia, comenzaron a conseguir una victoria tras otra frente a los **turcos**. De esta forma los almogávares conquistarían Filadelfia, Magnesia, Tira y Éfeso y arrinconarían a los otomanos en la cordillera del Taurus, en el sur de Asia Menor.

La victoria total para la Compañía llegaría el 15 de agosto de 1304, en la **batalla del Taurus**, encuentro que precisó de todo un día para derrotar al enemigo y de tres jornadas para recoger el botín. Este triunfo permitió a Roger de Flor alcanzar Cilicia, pero muy pronto su liderazgo sería compartido con **Berenguer de Entenza**, ricohombre aragonés que arribó en otoño de 1304 a Oriente al mando de trescientos caballeros y mil almogávares que fueron transportados en nueve galeras. Estas tropas eran aportadas por Jaime II el Justo como participación a la campaña de Roger de Flor, que recordemos había sido sufragada por su hermano Federico. Una carta del de Entenza al rey de Aragón, escrita en Messina antes de la partida de su expedición, lo confirma, ya que en ella el noble admite que cumplirá las órdenes de su monarca, por lo que podemos considerar esta misiva como

una muestra de hasta qué punto se implicó Jaime II en las conquistas orientales de los almogávares.

No obstante, aunque en principio pudiera intuirse que Roger de Flor y Berenguer de Entenza rivalizarían por acaparar el protagonismo entre los almogávares, lo cierto es que los dos líderes se entendieron a la perfección y permitieron a la Compañía ser aun más efectiva. Buena muestra de ello es que Roger llegaría incluso a ceder su título de megaduque del **Imperio bizantino** a Berenguer cuando el primero comenzó a titularse a sí mismo *césar*. Por desgracia para los almogávares, esta excepcional asociación de sus dos caudillos pronto sería cortada de raíz con la desaparición de Roger de Flor.

En abril de 1305 **Miguel IX**, hijo de Andrónico II, asociado al trono constantinopolitano por su padre, algo muy común entre los emperadores romanos y bizantinos, planeó el asesinato de Roger de Flor y de toda la plana mayor almogáver. Miguel IX pudo desarrollar con éxito su proyecto y en un banquete celebrado en Adrianópolis, al que invitó al líder de la Compañía, acabó con los catalanes y aragoneses allí reunidos empleando para ello a ocho mil jinetes **alanos** bajo el mando de su general, **Georgios**.

La violencia contra los almogávares se extendió por todo el Imperio, lo que demuestra que fue un complot organizado desde el trono bizantino, produciéndose una elevada mortandad entre los mercenarios hispánicos. Los almogávares supervivientes pudieron acantonarse en **Galípoli**, a la entrada del estrecho de Dardanelos, donde resistieron heroicamente bajo el mando de Berenguer de Entenza y pudieron finalmente iniciar una exitosa contraofensiva a lo largo de toda Grecia. Dicha campaña militar, conocida como **Venganza Catalana**, a punto estuvo de acabar con el Imperio bizantino.

El historiador italiano **Stefano Maria Cingolani** efectuó en su obra *La memoria dels reis* un recuento de los muertos causados por los miembros de la Compañía utilizando los datos aportados por el cronista Ramón Muntaner: ciento ochenta mil seiscientas cincuenta personas sin tener en cuenta las bajas de civiles. Aunque es evidente que se trata de una exageración, llama la atención cómo Muntaner pone

de manifiesto estas cifras con total tranquilidad, al mismo tiempo que justifica como necesarias estas matanzas.

En 1306, las tropas de Miguel IX serían duramente derrotadas por los almogávares y éstos llegarían a las proximidades de Bulgaria, acorralando a los ejércitos mercenarios de Georgios, líder alano al que finalmente se dio muerte. Bizancio lanzaría a sus aliados genoveses, al mando de **Antonio Spinola**, a la toma de Galípoli, defendida por el cronista Ramón Muntaner, por entonces capitán almogáver, momento que como afirma Martínez Ferrando, nos sirve para hallar muestras del sentimiento de unidad de los almogávares hacia su patria, a pesar de ser fuerzas mercenarias.

Los miembros de la Compañía que defendían Galípoli protestaron airadamente contra el inminente ataque genovés, manifestando que la república transalpina se encontraba en paz con los reyes de Aragón y Sicilia. No obstante, también es cierto que esta reacción almogáver puede ser interpretada como un intento desesperado por evitar el ataque genovés. El asedio de la ciudad de los Dardanelos se tradujo finalmente en un rotundo éxito de los almogávares y supuso un desastre total para Génova y el Imperio, llegando incluso a perder la vida Spinola y su capitán, Bocanegra.

Por esas fechas, Berenguer de Entenza destruía Heraclea, pero finalmente era hecho prisionero por los máximos y más peligrosos rivales de los almogávares en esas tierras, es decir, los genoveses. No obstante, aunque Berenguer recuperó la libertad, nuevamente el liderazgo de los almogávares se vería dividido tras el protagonismo adquirido por **Bernat de Rocafort** durante el cautiverio del de Entenza y la llegada en 1307 de otro miembro de la dinastía barcelonesa, el **infante Fernando**, hijo de Jaime II de Mallorca, enviado al lugar para cumplir los designios de Federico de Sicilia, quien, al igual que su hermano Jaime II de Aragón, trataba de no perder comba en Oriente.

La rivalidad entre Berenguer de Entenza y Bernat de Rocafort se saldó finalmente en 1308 con el asesinato del primero a manos de un hermano del segundo durante una expedición en Macedonia. Pero el lide-

razgo de Bernat de Rocafort no duraría demasiado, si tenemos presente que pronto su comportamiento excesivamente violento hizo que perdiera el apoyo de los almogávares. En consecuencia, Rocafort fue traicionado y entregado al rey **Roberto de Nápoles**. Bernat acabó sus días prisionero en una fortaleza, donde murió de hambre. La suerte del infante Fernando de Mallorca no fue mejor, ya que fue capturado por los venecianos y entregado a los angevinos asentados en los Balcanes.

Al parecer, la Compañía no deseaba ver un caudillo único al frente de la misma, pero tampoco quería que el liderazgo compartido implicara el exterminio de sus jefes como fruto de la rivalidad. En consecuencia, se decidió que un consejo de doce miembros eligiera a cuatro capitanes.

Arrinconados los turcos a los confines de Asia Menor y tras haber arrasado la Grecia continental, ya sin actuar como mercenarios de un líder regional, como bien pudiera ser por esas fechas el emperador de Constantinopla, los almogávares acabaron ofreciendo sus servicios al noble francés **Gautier de Brienne, duque de Atenas**, junto a quien combatirían contra el enemigo común a partir de 1309: Bizancio.

El duque de Atenas utilizó con éxito a la Compañía mientras la consideró necesaria, pero pronto acabaría enfrentado a la infantería catalano-aragonesa cuando intentó prescindir de su ayuda militar. El 13 de mayo de 1311 la **batalla de Cefis** supuso el final de la presencia francesa en **Atenas** y permitió a los almogávares hacerse con su **ducado**. Es a partir de este momento cuando se inicia el periodo de establecimiento sedentario de los almogávares en Oriente.

Con el objeto de legalizar su presencia en dichas tierras, los líderes almogávares solicitaron a Federico de Sicilia que uno de sus hijos recibiera el título ducal. La presencia de la Casa de Barcelona en la región quedó reforzada mediante la anexión de la Tesalia meridional en 1318 tras el fallecimiento de su despota bizantino, Juan II Ángel, y con la fundación del **ducado de Neopatria** en sus tierras, territorio que rendiría también vasallaje al rey de Sicilia. En 1380, estos territorios quedaron integrados en la Corona

de Aragón gracias al matrimonio que tuvo lugar unos años antes entre la titular de los dos ducados, **Leonor de Sicilia**, y **Pedro IV el Ceremonioso**. Los ducados griegos se mantendrían hasta el año 1391.



*Pedro IV el Ceremonioso.*

Estos hechos parecen confirmar, como pone de manifiesto Cingolani, que Federico de Sicilia llegó a tener en mente hacerse con el Imperio bizantino utilizando a las tropas almogávares allí desplegadas, aunque no queda del todo claro si este rey había proyectado dicha idea desde el comienzo de las expediciones en Oriente o si por el contrario vio la conquista de Constantinopla como una oportunidad que se abría tras los éxitos y el establecimiento de la Compañía Catalana en aquellas tierras. Una carta enviada por Federico en 1304 a Jaime II pone de manifiesto que, tras las primeras victorias de los almogávares en Asia Menor, el objetivo del hijo menor de Pedro III era someter a Bizancio: *“el rey Federico hace saber al rey de Aragón que su intención sobre Romanía (Bizancio) es su conquista”*.

Conquista a la cual este rey no podría haber aspirado jamás si no hubiera contado con el mejor cuerpo de infantería ligera de la Baja Edad Media: los almogávares.

David Barreras y Cristina Durán

## El cine y la imagen de Cayo Julio César: realidad o ficción

*¿Cuáles son las posibilidades que ofrece el cine histórico para el conocimiento de la antigüedad clásica?*

Veamos en un caso concreto si la imagen que aporta el cine sobre un personaje de la Antigüedad, **Cayo Julio César**, y sobre su época es totalmente verídica y objetiva en función de la documentación existente. En definitiva, volvamos una vez más a considerar la relación entre Historia, la disciplina, y el cine.

A lo largo de la historia han sido varias las culturas que han legado una enorme variedad de personalidades de gran relevancia y repercusión que sólo con citarlas pueden ser identificadas con una época, con un Estado o con un movimiento político, social, económico, religioso o cultural. Tal es así, que si hubiera que identificar a la **Antigua Roma** con uno de sus hombres más célebres, sin duda éste sería Cayo Julio César, hombre cuyo carácter estuvo siempre marcado por sus logros, pero también por la codicia y la presunción.

Como hombre de armas, César fue en todo momento un general victorioso que empleó su arrogancia y su capacidad de manipulación en beneficio propio, y que concibió la guerra como una continuación de la política. Como político, si bien desde antiguo se ha cuestionado su capacidad como hombre de Estado, ha pasado a la Historia como el paradigma del buen estadista y hábil diplomático que supo acordar alianzas para lograr sus propósitos. Desde su muerte en los idus de marzo del 44 a.C., ha sido considerado como el gran líder popular y el político revolucionario que sentó las bases del futuro sistema imperial y de la cultura occidental.

Igualmente, ha sido identificado como el paradigma del estadista y del correcto militar, como uno de los intelectuales más brillantes en lengua latina, como el jurista que promulgó las leyes sobre las que se sentó el posterior Derecho romano, como un gran reformista jurídico-administrativo, y como un hombre que supo sacar buen provecho de la propaganda a través de su producción literaria.

César, icono político y militar del **período tardorrepublicano**, con el que muchos hombres de épocas posteriores, como Napoleón Bonaparte, Napoleón III, Mussolini, Stalin o Hitler han pretendido identificarse con objeto de justificar sus actuaciones, no sólo ha sido paradigma de historiadores y biógrafos clásicos y modernos, sino que su obra y su personalidad han sido también objeto de estudio por parte de filósofos, filólogos, arqueólogos, sociólogos, dramaturgos e incluso cineastas, que han dedicado sus investigaciones y obras a tratar de transmitir de una forma clara, concisa y, en la medida de lo posible, objetiva su significado, existiendo, por consiguiente, infinitos *Césares* arbitrarios y discordantes entre sí a lo largo de los siglos.

A lo largo del tiempo, los historiadores han contado con múltiples recursos –literatura, arqueología, epigrafía o numismática– para tratar de despejar los innumerables interrogantes que plantea la Historia. Desde mediados del siglo XX se ha venido incrementando considerablemente el empleo de la imagen ofrecida por el cine como fuente auxiliar de la Historia. Cualquiera que revise el panorama cinematográfico existente sobre César y su época, comprenderá que el general romano ha sido representado de múltiples maneras en función de unos patrones no plenamente fieles a la producción historiográfica clásica y moderna.

En realidad, la imagen aportada por el cine ha quedado ajustada a una serie de patrones e influencias de carácter sociopolítico e ideológico más acordes con los momentos en que las películas fueron rodadas. Todo ello no ha provocado sino que en varias ocasiones se reproduzcan continuamente tópicos erróneos, anacronismos, tergiversaciones y errores de diversa índole.

Asimismo, son múltiples los casos en los que los guiones cinematográficos eluden las fuentes de autores grecolatinos y la información aportada por los restos materiales, a priori más acordes a los hechos. En su lugar han optando por emplear otro tipo de documentación menos fiel a los estudios historiográficos, como novelas y dramas históricos de gran impacto popular como son las obras de W. Shakespeare, **G. Bernard Shaw** o **Th. Wilder**.

En este sentido, la obra de W. Shakespeare, *Julio César*, quien, no obstante, se inspiró a su vez en la biografía realizada siglos antes por **Plutarco**, ha sido la versión que ha servido de guión y base a un gran volumen de producciones hollywoodienses, siendo esta imagen la que más fácilmente ha quedado grabada en el gran público independientemente de la fidelidad o tergiversación de los hechos. Es por esta razón por la que si preguntamos por la imagen de César, la mayoría de la gente reconstruirá su imagen y época en función de la obra shakesperiana o en función de una determinada película y no en función de la información que aporta la historiografía, la arqueología o ciencias afines al respecto. De este modo, con el paso del tiempo, César ha estado tan asociado a la realidad histórica como a la ficción.

Pero ahora bien, teniendo en consideración la relación existente entre todos los filmes que versan sobre César y la producción historiográfica clásica y moderna relativa a su vida y obra ¿de qué realidad es el cine auténtica imagen? La pregunta del director **Jean-Luc Godard** permite confirmar que la realidad ofrecida por el cine aporta una primera imagen del pasado, a modo de imitación y no de reflejo, cuya fidelidad con la auténtica realidad, que nunca llegaremos a conocer de forma plena, varía en función de la veracidad de la documentación empleada, de la subjetividad de los autores y del contexto político, social, económico y cultural que lo rodea.

El cine histórico, en tanto que espectáculo popular, refleja las preocupaciones propias de la época en que se gestó cada película. Así, hay una serie de tópicos en este género que reproducen situaciones presentes que se contextualizan en el pasado. Sin embargo, de forma mayoritaria, el cine no entra en ninguna medida en el mapa mental del historiador, ya que para el historiador más crítico el cine tiene por efecto la desarticulación de todo lo que varias generaciones de estadistas, pensadores, juristas, dirigentes o intelectuales habían logrado equilibrar.

Es decir, independientemente de lo honesto o profesional que pueda ser el director y del grado de profundidad de su estudio, el historiador nunca llegará a estar satisfecho con la realidad proyectada en el film. Por ende, aunque la película histórica de época

clásica, esto es, el **peplum**, sea una herramienta de estudio con un indiscutible valor didáctico y divulgativo, así como de gran repercusión al ofrecer nuevas posibilidades de representar la Historia, ha de ser empleada con la suficiente cautela debido a que ninguno de los largometrajes de ese género es absolutamente objetiva y fiel con lo sucedido, tendiendo más bien a desdibujar la auténtica realidad.

**Las películas italianas de romanos fueron bautizadas por la crítica francesa como *peplum*.** Desde la década de 1950, *peplum* sería el término utilizado para identificar las ‘películas de romanos’. Se asignó éste porque todos sus protagonistas, tanto griegos como romanos, vestían de un modo peculiar utilizando el peplo o manto que cubría a los actores. Sobre este género cinematográfico: M. Chaubet, “La nascita del *peplum*”, en S. Casa y C. Piazza, *BC=Before Conan. Essai d’Étude sur le péplum*, Cooperativa Grafica Nuova, Turín, 1983, pp. 6-9; D. Elley, *The epic film*, Routledge & Kegan Paul, London, 1984; M.D. Cammarota, *Il cinema peplum*, Futuro Saggi, Roma, 1987; A. Duplá y A. Iriarte, *El cine y el mundo antiguo*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1990; C. Aziza, *Le péplum: l’Antiquité au cinéma*, en *CinémAction*, nº 89, 1998; R. España, *El peplum. La Antigüedad en el cine*, Glénat, Barcelona, 1998; J. Solomon, *Peplum: el mundo antiguo en el cine*, Alianza, Madrid, 2002.

Los filmes históricos, tendentes a interpretar el pasado desde el presente, terminaron dotando al *peplum* de un carácter más ideológico que político en las producciones cinematográficas de mediados del siglo XX que convirtieron las persecuciones cristianas, las luchas de gladiadores y la corrupción del poder imperial en vehículos para reivindicar la igualdad racial o social traduciendo en iconos del pasado las controversias del presente. Sobre esta cuestión: Ch. Lacalle, “*Gladiador: Memoria del peplum y reescritura genérica*”, *Número Actual*, nº 31 (revista digital); A. Wyke, *Projecting the Past*.



*Ancient Roma, Cinema and History*, Routledge, London, 1997; J. Montero, “Fotogramas y libros de celuloide: El cine y los historiadores. Algunas consideraciones”, en *Historia Contemporánea*, nº 22, pp. 22-66; J. Montero y A. Rodríguez, *El cine cambia la Historia*, Rialp, Madrid, 2005; B. Antela y A. Prieto, “Alejandro Magno en el cine”, en P. Castillo – S. Knippschil – M. García Morcillo – C. Herberos, *Imágenes: la Antigüedad en las artes escénica y visuales*, Universidad de la Rioja, Logroño, 2008, pp. 263-279, cit. p. 272.

Desde un principio hemos de ser conscientes de que existen varios modos de ver una película de género histórico. El más corriente, derivado de las corrientes positivistas, consiste en verificar si la reconstrucción que ofrece es verídica, si los diálogos se derivan de la fuente original, o si los decorados e indumentaria guardan relación con los datos que nos aporta la arqueología. Paralelamente, existen otros muchos modos de ver e interpretar los filmes históricos ya que éstos no han de ser siempre vistos desde la óptica de un historiador que busca reconocer una sucesión continua de errores de diversa índole. Es decir, el historiador ha de ir más allá y ver e interpretar la película desde diversas perspectivas, tratando con ello de sacar el mayor provecho posible de ella.

Llegados a este punto, debemos plantearnos el modo en que ha sido interpretada la figura y obra de César en las producciones cinematográficas de mayor relevancia, sin tener, por el contrario, intención de llevar a cabo una exposición minuciosa del argumento y un listado pormenorizado de los errores históricos y anacronismos que cometen las mismas. Todo lo contrario, es necesario evaluar las posibilidades que plantean estas películas para el conocimiento de la antigüedad clásica y conocer qué relación guardan con la documentación escrita o material. Igualmente, debemos tener presente la relación existente entre la Historia y el cine comprobando si las producciones cinematográficas cumplen o no con su función de aportar una primera imagen de César y del contexto histórico que lo rodea.

Por consiguiente, a la hora de analizar el *peplum* hemos de plantearnos una serie de interrogantes: ¿cuál es el tema principal y cuáles son los temas secundarios?; ¿cuáles son los valores morales que priman?; ¿cuál es el propósito del director y los guionistas?; ¿cuáles son las fuentes de información en las que se documenta?; ¿cuáles pueden ser los factores externos que condicionan la película?; ¿cuál y cómo es el valor didáctico y ocioso añadido?; ¿es válida esta imagen fílmica del mundo antiguo?; en síntesis, ¿puede un largometraje sobre César y su época asimilar la totalidad de la información existente sobre su figura y obra?

Las primeras producciones, rodadas en difíciles contextos políticos y sociales, primaban los valores morales sobre la acción y la aventura. Un repaso por las imágenes que el cine ha presentado del dictador romano permite entender con mayor profundidad las consideraciones inherentes al personaje más allá de su aspecto histórico.

Revisando las películas que tienen a César por protagonista podemos cerciorarnos de que el cine histórico de tema clásico mira a la Antigüedad con ojos del presente. Es decir, el cine reconstruye siempre el pasado en función del presente.

La reconstrucción histórica lograda suele reflejar ideas y problemas contemporáneos a la redacción del guión y a la condición del director frente a los problemas y situaciones que lo rodean. De esta manera, el cine histórico, y en particular el *peplum*, hace una recreación histórica a través de ropajes antiguos buscando paralelos de la propia época en que viven con la Antigüedad. Sin embargo, los responsables de estas producciones no deberían seguir de forma plena esta conducta ya que no parece totalmente lícito juzgar al film exclusivamente desde el presente.

De este modo, se hace necesario tener presente que las películas de género histórico, como tantas otras, tienen un valor didáctico añadido, pues en realidad son un medio muy popular con el que muchos tienen su primer, y muchas veces único, contacto con el mundo clásico. Muestra de ello es que cada vez se hace más frecuente que el individuo reconstruya su imagen de César y su época por medio del cine



y la televisión. Además, el cine histórico permite la reconstrucción de determinados acontecimientos y procesos que de otra forma no seríamos capaces de comprender. Por tanto, el *peplum* constituye una utilísima herramienta capaz de captar la atención de todo tipo de público y difundir el legado cultural romano con el que cualquier persona pueda reconstruir una imagen más o menos fiel de un personaje y del contexto histórico que lo rodea.

#### *Filmografía en torno a la figura de Julio César*

Aunque superan la cuarentena de producciones cinematográficas y televisivas, se expone a continuación una breve relación de las producciones sobre la vida y obra de César que han tenido mayor repercusión.

- **Enrico Guazzoni.** *Cayo Julio César*, Estados Unidos-Italia, 1914.

La película sigue a modo de semidocumental no sólo a W. Shakespeare sino también los textos clásicos de **Suetonio** y Plutarco. Se trata de una meticulosa enumeración de los hechos más destacados de la vida del general romano, presentados en ocasiones de forma algo fantasiosa y atropellada. Destacan algunos detalles de tipo familiar o de los primeros años de su carrera política que la gran mayoría del resto de películas pasan por alto (enamoramiento de Servilia, la rivalidad con Sila, el exilio, etc.). En esta producción se aprecia el contraste entre las fuerzas de Pompeyo y de César, pues los soldados del primero discuten entre sí, mientras que los cesarianos son disciplinados y ordenados. La escena del triunfo de César en Roma sirvió de patrón a todas las lujosas y costosas escenas de triunfos en películas posteriores. Se puede afirmar que, aunque jugase con la fantasía y la recreación, se trata de una de las producciones más biográficas y fieles a la documentación clásica.

- **David Bradley.** *El asesinato de Julio César*, Estados Unidos, 1950. **H. Tasker:** Julio César; Ch. Heston: Marco Antonio; D. Bradley: Bruto; T. Cloak: Lépidio; H. Dietmeier: Artemidoro; G. Glenn: Cassio; B. Holt: Octavio; G. Fletcher: Cinna; M. S. Darr: Portia; H. Ross: Calpurnia.

En sus orígenes fue concebida como una película de género independiente. Influenciada por la producción realizada en 1914, siguió como guión base la obra de W. Shakespeare. Como consecuencia de un presupuesto muy escaso, la imagen y los escenarios, con localizaciones en Chicago e Illinois, son un tanto sobrios y rudimentarios. Asimismo, se trata de una producción que elude varios episodios de la vida de César, en la que el director presenta una imagen un tanto idealizada del general romano sin tener en consideración la gran variedad de fuentes clásicas y modernas existentes al respecto. Sin embargo, la interpretación de los actores, fundamentalmente la de un joven y desconocido Ch. Heston en el papel de Marco Antonio, el gran contraste del blanco y negro, así como la música de G. Fletcher hicieron que fuera una película de gran éxito comercial con escenas, como la del soliloquio de Cassio o el discurso de Marco Antonio, que sirvieron de modelo a posteriores producciones.

- **Joseph L. Mankiewicz.** *Julius Caesar*, Estados Unidos, 1953. L. Calhern: Julio César; M. Brando: Marco Antonio; J. Mason: Bruto; J. Gielgud: Cassio; G. Garson: Calpurnia; D. Kerr: Portia; M. Farley: Artemidoro; D. Watson: Octavio.



Bajo la producción de la MGM y rodada en blanco y negro con logradas localizaciones, Mankiewicz dotó de prioridad histórica los capítulos relativos a los *Idus* de Marzo haciendo más breves los actos posteriores. Se trata por consiguiente de una película donde se da repaso a las causas y consecuencias de uno de los acontecimientos más relevantes de la historia de Roma, el cesaricidio. Aun tratándose de una película muy bien documentada en las fuentes clásicas y que refleja correctamente el ideario político y moral de Roma, el director logró una de las representaciones más fieles a la obra de W. Shakespeare dando la impresión de que se trataba de una verdadera obra de teatro llevada al cine tanto por la escenificación como por los diálogos de los personajes. La actuación de los protagonistas es espléndida en los monólogos, principalmente la de un joven M. Brando en el papel de Marco Antonio y la de L. Calhern representando a César con gran fidelidad en las fuentes. A pesar de ello, la película no puede considerarse una reconstrucción realista del mundo romano pero sí de su retórica. Se trata, por ende, de una película en la que se dan todos los rasgos definitorios de una tragedia antigua.

- **Amerigo Anton.** *Julio César: el conquistador de la Galia*, Italia, 1963. **C. Mitchell:** Julio César; R. Battaglia: Vercingetorix; C. Tamberlain: Pompeyo; B. Tocci: Marco Antonio; C. Caló: Calpurnia.

Primando la lucha contra Vercingetorix en la batalla de Alessia, Anton centra la acción en los capítulos relativos a la conquista de la Galia y de Bretaña en detrimento del resto de episodios. Se trata de una película carente de rigor histórico y fundamentada en lo tópico y en lo anecdótico. Además, la representación del general romano y de los galos escapa de toda realidad por lo que es obvio que no se han tenido en consideración la información aportada por la tradición historiográfica y la arqueología.

- **Stuart Burge.** *Julius Caesar*. Reino Unido, 1970. **J. Gielgud:** Julio César; Ch. Heston: Marco Antonio; J. Robards: Bruto; R. Johnson: Cassio; Chr. Lee: Artemidoro; R. Chamberlain: Octavio; D. Rigg: Portia; J. Bennett: Calpurnia.

Presenta una adaptación menos fiel a la obra de W. Shakespeare, tratándose de la producción más cinematográfica de todas: si bien tergiversa hechos históricos y muestra varias lagunas históricas. La interpretación de los actores no fue tan lograda como en la producción de 1953, a la que toma como modelo, aunque, empero, la película es recordada por las interpretaciones de J. Gielgud en el papel de César y de Ch. Heston de nuevo en el de Marco Antonio.

- **Uli Edel.** *Julius Caesar*, Estados Unidos, 2002. **J. Sisto:** Julio César; Chr. Noth: Pompeyo; R. Harris: Sila; Chr. Walken: Catón; H. Ferch: Vercingetorix; I. Duncan: Bruto; J. Rodan: Marco Antonio; V. Golino: Calpurnia.

La película comprende un amplio marco cronológico que abarca desde la niñez de César hasta su fatídica muerte en los *Idus* de Marzo. Rodada en los estudios de CineCittà, con logradas localizaciones en Malta y Bulgaria, y adoptando siempre como guión la documentación historiográfica y arqueológica, Edel recrea fielmente los hechos y los escenarios, si bien existen pequeñas lagunas históricas. Se trata, por consiguiente, de la producción que ofrece la imagen más completa y fidedigna del general romano repasando los textos clásicos más emblemáticos.

*Otras producciones:*

-J. Stuart Blackton y W. V. Ranous. *Julio César*, Estados Unidos, 1908.

-G. Pastrone. *Julio César*, Italia, 1909.

-F. R. Benson. *Julio César*, Reino Unido-Portugal, 1911.

-A. Ramsey. *Julio César*, Estados Unidos, 1913.

-G. A. Cooper. *Julio César*, Reino Unido, 1926.

-S. Grieco. *Julio César contra los piratas*, Italia, 1962.

-R. Araiza. *El asesinato de Julio César*, México, 1972.

*A modo de conclusión*

En producciones cinematográficas de género histórico seremos nosotros mismos los responsables de determinar qué es realidad y qué es ficción, siendo también los directos responsables de crear nuestra propia imagen de Cayo Julio César y de la Roma del siglo I a. C. Asimismo, seremos responsables de confirmar si el cine da a conocer la Historia o si la trivializa y la deforma.

El valor y las cualidades del cine para el conocimiento de la Historia dependerá de la capacidad del espectador para entender e interpretar la película distinguiendo los elementos de valor histórico de aquellos que son dramáticos, y del uso crítico que el historiador haga del cine histórico como recurso didáctico y divulgativo.

Como hemos venido defendiendo, debemos tener en consideración el papel didáctico y divulgativo que tiene el cine histórico, pues la película, independientemente de su fidelidad con la veracidad histó-

rica y las fuentes, nos ofrece una imagen si no totalmente verídica, al menos de cómo debería haber sido el pasado, y por lo tanto al hacerlo se convierte en una nueva forma de hacer Historia. Por ende, la película nos permitirá reflexionar sobre nuestra relación con el pasado.

En síntesis, no se ha de criticar en cantidad la veracidad histórica y documental del cine histórico pues las normas para evaluar si la imagen ofrecida de César es totalmente cierta no pueden derivarse únicamente de la producción escrita. De este modo, lo que debemos valorar es su posibilidad y alternativa de reconstruir, al igual que la historiografía o la arqueología, una realidad pasada, pues la película no es más que una reconstrucción y no un reflejo directo del pasado.

Miguel Ángel Novillo

## Concierto de flauta de Federico el Grande en Sans Souci

**Federico II el Grande de Prusia** (1712-1786; 1740-1786) concertista, cabeza de una corte ilustrada, personificación política de un núcleo intelectual y artístico durante el **siglo XVIII**: su imagen como mentor, patrono y artista quedó reflejada en el cuadro que nos ocupa. A la hora de establecer unos niveles de aproximación al significado y a lo significativo del mismo, atenderemos primero a los aspectos descriptivos y formales de la imagen para después abordar los problemas semánticos, la función de la propuesta representativa o imaginaria, persiguiendo lo que, como rey, cumple Federico en ella.

El óleo sobre lienzo es obra de **Adolph von Menzel**. Fue pintado entre los años 1850 y 1852, con unas medidas de 142 cm por 205 cm. Se conserva en la Nationalgalerie de Berlín. La escena se ubica en **Sans Souci**, el palacete que el propio Federico había construido en Postdam para él y sus personajes más allegados. Federico es el solista a la flauta. **C. H. Graun**, director de la Ópera de Berlín, está de pie a un lado en la actitud de observador, entre miembros de la familia real. El mayor de los hijos de los **Bach**, **Carl Philipp Emanuel**, acompaña al monarca ala clave. El flautista **Joham Joachim Quantz** se sitúa en el extremo derecho supervisando la operación. En el ambiente rococó de la sala, aparecen, además, ministros del gabinete e intelectuales invitados.

La **vinculación de la figura del monarca a la de intérprete musical** no es novedosa ni característica de este momento. Hunde sus raíces en el modelo bíblico davidiano, el cual está lleno de referencias simbólicas y teológicas, y fue ampliamente representado durante toda la Edad Media y Renacimiento. Precisamente, este modelo sirvió para que los monarcas del momento apareciesen representados como músicos, mediante la transmutación del sentido religioso, estampando su figura en los breviarios y en los libros de horas. A partir del siglo XV, el lugar asignado al **rey David**, modelo de virtud y gobierno para la institución monárquica, es invadido por la figura del comitente promotor de la empresa artística.

Sin embargo, en el óleo de Menzel parece haber una auténtica intencionalidad histórica. Efectivamente, a raíz de los datos disponibles entorno a la época, sabemos que Federico II de Prusia poseyó, por lo menos hasta el comienzo de la Guerra de los Siete Años, un ávido interés por todo lo artístico e intelectual. Dicho interés le trajo no pocos problemas con su padre, **Federico I**, el cual consiguió imponerse a la voluntad de su hijo, obligándolo a una férrea educación destinada a formarle como **hombre de Estado** a través de un aprendizaje basado en el ejercicio de la jurisprudencia. Curiosamente existe un paralelo entre este dilema de Federico y la trayectoria vital de uno de sus músicos que aparece en el óleo de Menzel, C. P. Emanuel Bach, para quien su padre también prefirió una carrera de Derecho, con lo cual buscaba liberarle del “estigma” de ser considerado sólo músico.

En cualquier caso, en Federico, auspiciado por la tutela materna, no cesó el interés por sus preferencias intelectuales. Ya antes de ser proclamado rey de **Prusia** en 1740, mantenía una pléyade de músicos a su alrededor: los ya mencionados Joham Joachim Quantz, su tutor de flauta, director de su grupo de cámara, hombre de gran influencia sobre el rey; C. H. Graun, futuro director de la **Ópera de Berlín**, fundación del propio Federico. Hacia 1738 entraría a su servicio C. P. Emanuel Bach.

Pero la imagen ofrece otras vías de comprensión a partir de la valoración del pensamiento filosófico y musical de la época, así como de la práctica instrumental.

Respecto al papel de patronazgo ejercido por Federico, este lo entronca con la tradición barroca de patronato individual y particular, con raíces en el Renacimiento italiano, especialidad de la nobleza y del alto clero. A pesar de que el rey prusiano vive en una época ya tardía, en pleno momento **rococó** y a las puertas del **prerromanticismo**, sus músicos no dependen de su genio compositivo para sobrevivir, sino del estipendio monetario de su patrón, a veces muy arbitrario y desigual. Así, el monarca prusiano otorgaba 2.000 táleros anuales a Quantz frente a los 300 con que pagaba a C. P. Emanuel Bach. Evidentemente, el fin primordial de los usos musicales en

estas cortes era el autoengrandecimiento (sumado a la glorificación de lo divino en el caso eclesiástico), aunque la existencia de una cámara musical en Postdam o Berlín semejaba cumplimentar las expectativas del gusto particular de Federico.

Desde otro punto de vista, el rey siempre pareció estar interesado en los planteamientos y premisas de la filosofía de la razón emanada del ámbito **ilustrado** y su entorno. Este interés toma cuerpo en la relación epistolar que desde 1736, mantiene con **Voltaire**, fruto de un intento de pasar a Francia huyendo de la severidad de su padre. De esta forma, Federico valorará la razón como ordenadora de las realizaciones destinadas a la organización del Estado, dentro de la óptica del **despotismo ilustrado**. Por ello, ha sido considerado el **gran creador del Estado prusiano**, generador de su propio Derecho, mantenedor de sus estructuras desde la abstracción que del cuerpo político estatal conlleva el ideario mecánico-racionalista.

Pero, el pensamiento y estética musical de la época, y la relación de Federico con ambos, ocupa otra faceta importante a la hora de valorar su labor como comitente y músico. En este sentido, el prusiano fue un gran admirador de la cultura y del espíritu francés. Ciertamente es que Voltaire fue uno de los enciclopedistas que menos se ocupó de lo musical y de las querellas generadas a su alrededor. Con todo, la Ópera de Berlín contrató músicos italianos. De esta manera, Federico sintonizaba con los gustos de los enciclopedistas (Rousseau, D'Alambert), simpatizantes del gusto italiano, primando la melodía sobre el entramado armónico, el buen gusto, la imitación de la naturaleza ejemplificada en la teoría de los "afectos", antiguo principio que buscaba la forma subyugar al auditorio mediante el estímulo de diversos sentimientos a través de los sonidos. Así, al rey prusiano se le ha achacado, no sin razón, el vivir ajeno a la cultura de su país, al floreciente mundo de Goethe y del *Sturm-und-Drang*.

No obstante, al monarca no se le ha reconocido, tal vez por la inconsciencia del acto, el hecho de sumergirse plenamente en algo que caracterizaba y caracterizaría a la cultura alemana durante mucho tiempo y frente a otros países: el auge que el cultivo de la **música instrumental** tenía, práctica muy conectada

con el hecho de primar la música como un lenguaje autónomo. Si el mundo francés subordinaba la expresividad de los sonidos a la semántica del texto, en el ambiente germano, las querellas musicales se limitaron desde muy pronto al fenómeno musical en sí.

Puede ser bastante sintomático que al rey se le halla representado como concertista y no como "cabeza" de la jerarquía social de un auditorio operístico. Las **veladas musicales**, como la que ilustra el óleo, eran el cotidiano dinamizador de la vida musical de la corte. Tenían lugar al menos dos o tres veces por semanas. Esta música instrumental se interpretaba durante todo el año en la cámaras del rey (por ejemplo, en el salón rococó de Sans Souci), y por no menos de ocho o nueve músicos. El solista siempre era Federico, en algunos casos Quantz, y la música siempre consistía en **sonatas** o **conciertos para flauta**. De esta forma, el monarca descansaba de las tareas de sus nunca vistas reformas sociales y de las sí frecuentes campañas bélicas que engrandecían territorialmente el Estado.

Ciertamente, las habilidades de Federico con la flauta (que, por otra parte, era un instrumento de gran raigambre en los países germanos), dejaban bastante que desear. En el cuadro de Menzel se observa a C. P. Emanuel Bach acompañando al rey formando parte del "**continuo**". La pintura no muestra que el "acompañante" tenía que verse obligado muchas veces a desempeñar los papeles de solista, profesor, preceptor, transportador, maestro de capilla, compositor y arreglador. Emanuel se alternaba cada cuatro semanas con otro clavecinista.

Pero sería Quantz quien, a la sazón, en su papel de tutor particular en la educación musical, más influiría en el monarca, para el cual llegó a componer más de cien conciertos para flauta. Quantz fue uno de los nombres decisivos en la configuración de la **flauta travesera** tal y como hoy la entendemos, quizá uno de los que introdujo los cambios más importantes antes de la irrupción del sistema Boehm. Junto con Tartini y Vivaldi, tuvo un fuerte impacto en los estilos y géneros que se traslucen a través de las composiciones de propio monarca. También conviene recordar (en relación con la vigencia del es-



tilo instrumental), que Quantz formó parte de los innumerables tratadistas germanos de la época que se ocupan de la música siempre desde un punto de vista empírico, en obras como *La nueva formación orquestal*, *El completo maestro de Capilla*, etc.

De nuevo se patentiza el espíritu instrumental que imperaba en las ejecuciones de Federico y su real cámara, en un momento en que la música reclama su estatus autónomo y científico en parangón con otras artes. Quantz buscaba alejarse de cualquier exceso en pos de la elegancia formal: algo muy adecuado para servir de entretenimiento y diversión de la corte.

Tanto C. P. E. Bach como Quantz, se encuentran como codificadores del “**estilo galante**”, donde la teoría de los “afectos” sólo sería operativa gracias a que la música podía convertirse en un lenguaje sencillo, auxiliar pero también substitutivo del lenguaje verbal.

Pero, toda esta especulación sobre las sugerencias visuales del óleo, puede adquirir una nueva reconceptualización desde el momento en que se valora el momento de la génesis de la imagen, trascendiendo así el puro cometido de la pintura como mero apunte histórico. Para ello debemos volver la atención sobre el autor. Cuando Menzel diseña la escena, han transcurrido más de cien años, casi sesenta y cuatro desde la muerte de Federico el Grande. Durante la década de los cuarenta del siglo XIX, el pintor se había dedicado a la observación y plasmación de la realidad cotidiana a través de su obra, a retratar lo fortuito de la vida de la gente común. Es en este momento cuando produce los cuatrocientos grabados en madera para ilustrar la historia del rey prusiano escrita por **Franz Kugler** (1839-41)

Echando mano de la imagería de lo popular, interpretó los episodios de la vida del monarca con una espontaneidad que el biógrafo calificó a la obra de “realidad daguerrotípica”. Hacia 1850, Menzel se dedicó a transformar en grandes lienzos algunas de aquellas ilustraciones. Así, lo que en principio sería un cuadro histórico, lejos de ser edificado bajo los parámetros de la ampulosidad del **clasicismo académico**, se deja penetrar por los usos de la pintura de

género, del **estilo realista** que triunfa en estos momentos en las manos de Coubert o Millet.



El retrato de Federico el Grande como solista ejecutante se realizó en un momento de cambio. El imaginario popular ensalzaba el papel que en la vida intelectual progresista del **Siglo de las Luces** había jugado el monarca. Era una postura muy consecuente el apelar a una imagen de rey ilustrado en una época en la cual el vigor de la filosofía y del arte alemán se había paralizado, y donde la **revolución de 1848** había fracasado.

Pero, este era un momento de inflexión. Pronto tomará carta de naturaleza la imagen del monarca propugnada por la **Prusia de Bismarck**. Se ensalzará al Federico resultante de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), aquel que gobernaría con puño de hierro el país. Sería desde entonces cuando la vida musical de la corte prusiana desfallecería y ya no se recuperaría durante el resto de la vida del monarca (marcha de C. P. E. Bach, falta de representaciones operísticas, etc.). En definitiva, el rey se había convertido en un personaje tan diferente al anterior a la contienda que sería calificado popularmente como “*el otro Fritz*”.

Javier María López Rodríguez



## El misterio de la IX legión Hispana

La historia y el pasado están plagados de misterios y de leyendas que abarcan todo aquello que la ciencia histórica desconoce o de lo que no ha sabido dar explicación. El misterio también envuelve con su poderosa aureola la **historia de Roma**, la época en la que un gran imperio y sus legiones dominaban todos los territorios ribereños del Mediterráneo y proveía al mundo moderno de la base cultural y política que forma su armazón actual.

Y es acerca de una de estas legiones, y más en concreto de la **IX Hispana**, sobre la que se cierne uno de los misterios, y cómo no, una de las leyendas más duradera de la **historia militar romana**: el enigma de su desaparición. Sí, como lo leen, la desaparición de una unidad completa del ejército romano. Un misterio sobre el cual los historiadores no han podido dar una explicación concluyente.

De la IX Hispana disponemos de información, más o menos certera, acerca de su creación en la primera mitad del siglo I a.C. y de su evolución hasta las últimas noticias seguras que poseemos de ella, que algunos sitúan en los años 107 o 108 d.C.; durante los primeros años del gobierno del emperador **Adriano**; en la década de los años 20, 30 o incluso 40 del siglo II y otros, los más atrevidos, cerca del año 161 d.C.



Sin embargo, en un momento u otro nuestra información sobre la legión IX Hispana desaparece, siendo la fecha límite para ello el año 162 d.C, en el cual se erigió en Roma una inscripción que enumera, en orden geográfico, las legiones romanas existentes en

ese momento (inicios del reinado de **Marco Aurelio**), y en cuyo listado no aparece la IX Hispana. Una inequívoca indicación de que la legión había sido o bien disuelta o bien destruida antes de esa fecha.

Veamos, pues, en un breve recorrido histórico, cuál fue la historia de la legión IX Hispana, cuál es el misterio de su desaparición y qué leyendas surgieron a raíz de ésta.

### *La creación de la legión IX Hispana y sus primeros años*

La legión IX Hispana tiene su origen, como en el caso de la mayoría de las legiones que estuvieron en activo en época imperial, en el periodo de guerras civiles que fueron causa del final de la **República romana**.

Parece que la IX Hispana descende de la **legión IX**, una de las unidades que integró el ejército con el cual **Julio César** llevó a cabo su famosa conquista de las Galias entre los años 58 y 51 a.C., aunque esta filiación no se ha podido confirmar documentalmente. La IX sirvió, más tarde, en las campañas militares que en época del emperador **Augusto** llevaron al sometimiento, por parte de Roma, del territorio noroccidental de la península Ibérica (29-19 a.C.) habitado por cántabros y astures.

La finalización de estas operaciones militares en el año 19 a.C. comportó la marcha de la legión IX hacia un destino fronterizo, en **Pannonia** (provincia romana que incluía territorios de las actuales Hungría, Austria, Croacia, Serbia, Eslovenia, Eslovaquia y Bosnia-Herzegovina). De su estancia en el Danubio destaca la participación de la IX en el amotinamiento de tres legiones estacionadas allí tras el ascenso al trono del emperador **Tiberio** en el año 14 d.C.

En el año 20 d.C., la IX Hispana fue transferida a la provincia de África como refuerzo de la **legión III Augusta** para reforzar el contingente militar romano allí presente durante la rebelión del númida **Tacfarinas** (20-24 d.C.). Su estancia se prolongó hasta el año 24 d.C., tras lo cual regresó a la provincia de Pannonia.

### *Los títulos y el emblema de la legión IX*

La legión IX dispuso de diversos títulos a lo largo de su historia. Así sabemos, a través de diferentes inscripciones y noticias, que esta unidad tuvo el epíteto de **IX *Triumphalis*** derivado, seguramente, de su participación en un triunfo militar celebrado en Roma por Julio César en el año 46 a.C. Esta designación fue sustituida más tarde por el título de **IX *Macedónica***, debido, posiblemente, a la intervención de la unidad en la **batalla de Farsalia** en el año 48 a.C. o en la de **Filipos** en el 42 a.C.

Fue durante su estancia en Hispania cuando la legión IX adoptó el título de ***Hispaniensis*** ('estacionada en Hispania'), designación que fue alterada por la de **IX *Hispana*** ('oriunda de Hispania') muy probablemente tras su marcha de esta provincia hacia Panonia.

Por lo que respecta al emblema de la legión, aunque no poseemos ninguna evidencia acerca de cuál pudo ser el distintivo utilizado por la IX Hispana, es posible que éste fuera el del **toro**, un animal asociado con la diosa Venus, el ancestro legendario de los Julios, el linaje al que pertenecía Julio César, el fundador de la legión.

### *La conquista de Britania*

La legión IX abandonó de nuevo la provincia de Panonia hacia el año 42-43 d.C. para unirse a las fuerzas que el emperador **Claudio** estaba reuniendo con el objetivo de iniciar la conquista de **Britania**. El mando de este ejército de invasión fue concedido a **Aulo Plautio**, hasta entonces gobernador de la provincia de Panonia, el cual se dirigió a su nuevo destino militar acompañado de la legión IX.

La campaña de conquista no supuso un gran reto para las tropas romanas si tenemos en cuenta que, como parece, su objetivo no era apoderarse de toda la isla sino, más bien, acabar con el poderío de la tribu de los **trinovantes**, situada en la costa oriental britana, cuya actividad antirromana llegó a amenazar, incluso, el territorio romano continental. La IX Hispana fue una de las cuatro legiones, junto a la II Augusta, la XIV Gemina y la XX Valeria Victrix,

que participó en esta primera fase de la conquista de Britania actuando, también, en las subsiguientes campañas de consolidación y ampliación del dominio romano.

En el año 60 d.C., el poder romano en Britania sufrió un importante revés con la rebelión de la reina **Boudica** (60-61 d.C.), alzamiento provocado, entre otras razones, por la pésima gestión de la administración romana en la isla. Boudica era la viuda de **Prasutago**, rey de la tribu britana de los **icenos**, pueblo aliado de los romanos. Al morir su esposo sin descendencia masculina, los romanos se negaron a reconocer los derechos de su viuda y de sus hijas al trono iceno. El despiadado trato recibido por ellas llevó a Boudica a rebelarse contra el poder romano, insurrección a la que se sumaron tribus vecinas como la de los trinovantes.

La legión IX Hispana fue la primera que luchó contra los rebeldes britanos, enfrentamiento en el que sufrió fuertes bajas, llegando a perder hasta 2.000 hombres, tras lo cual tuvo que retirarse a su campamento base en Lincoln (*Lindum*). Los rebeldes fueron finalmente derrotados por las fuerzas romanas cerca de la ciudad de Londres (*Londinium*), tras lo cual la provincia fue nuevamente pacificada. Las bajas sufridas por la IX Hispana acabaron siendo reemplazadas con soldados provenientes de las guarniciones establecidas en las provincias germanas.

Todas las legiones estacionadas en Britania se vieron afectadas por el enfrentamiento militar que siguió a la muerte de Nerón en el año 68 d.C. Cuatro fueron los emperadores que se sucedieron en Roma en menos de un año (Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano). Las tres legiones estacionadas en aquellos momentos en Britania contribuyeron con contingentes o vexilaciones al ejército reunido por **Vitelio** para enfrentarse primero a **Otón**, su rival en Italia, y más tarde a **Vespasiano**. Fue éste último el que acabó imponiéndose a los otros candidatos, tras lo cual resultó nombrado nuevo emperador en el año 69 d.C.

Durante el periodo de gobierno de Vespasiano (69-79 d.C.), la IX Hispana participó, junto al resto de las legiones establecidas en Britania, en el nuevo avance de la conquista en el norte y el oeste de la

isla que permitió a las fuerzas romanas someter los territorios de Gales y parte de Escocia, aunque ésta última tan solo temporalmente. Esta actividad militar obligó a modificar el emplazamiento de la legión IX Hispana, que hacia el año 70 d.C. abandonó su campamento base en Lincoln por el de York (*Eburacum*).

Sin embargo, parece que el interés por Britania decayó durante los reinados de sus hijos **Tito** (79-81 d.C.) y **Domiciano** (81-96 d.C.), al prevalecer en aquellos momentos la defensa y consolidación de la frontera del Rin. Para ello, ya en el año 83 d.C., el emperador Domiciano reclamó importantes contingentes de la legión IX Hispana para luchar en **Germania** contra los **catos**, a los que venció en ese mismo año. Contribución a la que se sumaron nuevas vexilaciones que, un poco más tarde, las unidades legionarias estacionadas en Britania tuvieron que suministrar para hacer frente a la constante amenaza en las fronteras del **Rin** y del **Danubio**, un movimiento éste que incluyó el traslado de la legión II Adiutrix de Britania en el año 87 d.C.

La última noticia que poseemos de la presencia de la IX Hispana en Britania es del año 107-108. Ésta no es otra que una inscripción hallada en **York**, que nos informa de la participación de la legión en la reconstrucción de una de las puertas del campamento en el que estaba asentada.

#### *El misterio del final de la IX Hispana*

Es a partir de esta fecha que disminuyen, en gran medida, los testimonios que poseemos de la existencia de la IX Hispana, lo que nos impide disponer de información histórica precisa sobre la legión. Solo algunos datos dispersos nos indican que la unidad subsistió algunos años más, aunque no podemos establecer con certeza cuál fue su final. A esto se suma el hecho de que la IX Hispana no aparece citada en la inscripción del año 162 citada anteriormente (ILS 2288; CIL VI 3492, A, B.) en la cual se enumeraban, en orden geográfico, las 28 legiones en activo en esos momentos.

La desaparición de la IX Hispana de los registros históricos ha generado un vivo interés tanto en el

mundo académico, deseoso de situar en un marco histórico el fin de la legión, como en escritores y, más recientemente, en la industria del cine, que han hallado en este “**misterio britano**” una fuente de inspiración en la que centrar su ánimo creativo en busca de un final épico para la legión perdida.



*Águila de bronce hallada en las excavaciones arqueológicas en la ciudad de Silchester.*

De esta forma, ya a principios del siglo XX, el historiador y arqueólogo británico **Francis J. Haverfield** avanzó la idea de que la legión IX Hispana podría haber sido destruida o disuelta tras algún desastre militar acaecido en el norte de Britania o incluso en Escocia ( F. J. Haverfield, *The Roman Occupation of Britain*, Oxford, 1924.). Esta idea fue posteriormente desarrollada por la escritora **Rosemary Sutcliff** en la novela que escribió sobre el tema (*El Águila de la novena legión*, 1954).

La inspiración de Sutcliff a la hora de escribir la obra fue el descubrimiento, en el siglo XIX, de un **águila de bronce** en las excavaciones arqueológicas en la ciudad de **Silchester**. Un poco más tarde, en el año 1955, el arqueólogo e historiador **Ian Richmond** defendió la idea de que la IX legión Hispana fuera disuelta por Adriano durante su visita a la provincia britana en el año 122 tras haber sufrido la unidad diversas derrotas.

Es, sin duda alguna, la versión de Rosemary Sutcliff de la destrucción de la IX Hispana en su marcha hacia el norte de Britania la que ha quedado grabada

en la imaginación popular como un hecho histórico contrastado. Veamos, pues, lo que la historia puede decir acerca de ello.

### *El final de la IX Hispana. Los datos históricos*

Uno de los primeros escenarios donde se ubicó el final de la legión IX Hispana fue en la propia Britania. Allí se produjo, durante los años iniciales del reinado de Adriano (117-119) cierta agitación de la que no estamos muy bien informados. Algunas indicaciones del *De bello parthico* de **Frontón**, gramático y abogado del siglo II; de la *Historia Augusta*, colección de biografías de diversos emperadores romanos escrita a finales del siglo IV; y las leyendas de varias monedas acuñadas por el propio Adriano, nos informan de problemas militares en Britania, aunque desconocemos su entidad y características. Sería, pues, en este conflicto donde la IX Hispana hallaría su fin al ser derrotada por los britanos en el norte de la isla, hecho, del que, por otra parte, no disponemos de ninguna prueba histórica. De la misma forma la inseguridad en la zona provocaría, en el año 122, la llegada del propio emperador y el inicio de la construcción, en el norte de la isla, del muro que lleva su nombre.

Pocas son las evidencias sobre la existencia de la IX Hispana a partir del año 107-108. Entre ellas están un mortero (*mortarium*) hallado en **Holdeurn**, cerca de Nimega, (la antigua ciudad de *Noviomagus*) en el este de los Países Bajos, que posee un sello de la legión IX Hispana; dos tejas estampadas con una inscripción parecida a la anterior halladas en la propia ciudad de Nimega; un altar dedicado a Apolo erigido por el prefecto de la IX Hispana hallado en la ciudad alemana de **Aquisgrán**; una inscripción anónima de un tribuno de la legión IX que sirvió en ella estando ésta asentada en la Baja Germania y diversas inscripciones de oficiales que sirvieron en la legión en años posteriores al 120 d.C.

La datación de algunos de estos hallazgos, al menos de aquellos con una cronología más segura, ha puesto en duda la destrucción o disolución de la unidad en una fecha anterior a la década de los años 20 del siglo II. Si esto fuera cierto refutaría la idea de la des-

trucción de la legión en Britania durante los primeros años del reinado de Adriano (117-119).

Otros datos epigráficos han puesto en duda este final de la legión. Entre ellos se hallan las carreras militares y políticas (*cursus honorum*) de diversos oficiales que sirvieron en la IX Hispana en fechas posteriores. He aquí la información que poseemos sobre ellos:

**L. Emilio Caro**, tribuno laticlavii (o primer tribuno) de la legión a mediados de la década de los años 20 del siglo II.

**L. Novio Crispino**, laticlavii que sirvió en la legión no antes del 130 d.C.

**Annio Sextio Florentino**, legado de la IX en el año 123 d.C.

**M. Cocceio Severo**, que sirvió como primipilo (el centurión de la primera centuria de la primera cohorte de una legión romana) de la unidad hacia el año 126 d.C.

Estas carreras militares rebaten de nuevo la idea de la desaparición de la IX Hispana a principios del reinado de Adriano en Britania y prolongan su existencia varios años más. De ahí que los especialistas hayan buscado algún otro escenario histórico en el que situar la desaparición de la legión, ubicado éste entre los años 107 y 108, en los que poseemos la última información contrastada de su existencia, y el año 162, fecha de la inscripción erigida en tiempos del emperador **Marco Aurelio**.

Uno de estos escenarios es la rebelión judía de **Bar-Kokhba**, enfrentamiento conocido como la **II Guerra judeo-romana** (132-135). Este conflicto obligó al emperador Adriano a desplazar unidades militares de otras provincias para hacer frente a los rebeldes, otorgando la dirección de las operaciones al gobernador de Britania **Julio Severo**.

Algunos historiadores han defendido la idea de que la IX Hispana hubiera podido partir en el año 134 hacia Judea junto con el gobernador de la provincia, en la que tras sufrir numerosas bajas la unidad sería disuelta. Sin embargo, aunque el traslado de

Julio Severo sí que está documentado por las fuentes, no pasa lo mismo con la posible marcha de la IX Hispana, de la que no tenemos noticia alguna. Más aún, esta posibilidad no se adecua demasiado a la situación militar del conflicto tras la llegada de Julio Severo a Judea en el año 134, momento en el cual los rebeldes judíos estaban demasiado debilitados para hacer frente al contingente militar romano y, mucho menos, para infligirle una derrota de esas características.

Una nueva hipótesis sobre el final de la IX Hispana se generó tras el descubrimiento en el año 1972 de un diploma militar datado el 8 de febrero del año 161 d.C. durante el consulado de **Quinto Numisio Junior**. Este cónsul se creyó que era el mismo que el conocido por otra inscripción con el nombre de **Q. Camurio Numisio Junior**, del cual sabemos que fue tribuno de la IX legión Hispana, aunque no los años exactos en los que ejerció este cargo.

Si estas dos inscripciones pertenecen al mismo individuo, es decir, si podemos integrar la información proveniente de ambas en base al año en el que Quinto Numisio Junior fue nombrado cónsul y establecer para él una carrera militar y política normal para su época, se podría suponer que Q. Camurio Numisio Junior fue tribuno de la IX no antes de los años 135 o 140, retrasando aún más en el tiempo la fecha de desaparición de la IX Hispana.



*Formación de tortuga representada en la Columna de Trajano.*

Esta hipótesis ha llevado a los historiadores a buscar un nuevo escenario temporal adecuado para ubicar el final de la legión, esta vez entre el año 140, data

fijada con el *cursus honorum* de Numisio Junior, y el 162 d.C., fecha de la inscripción de Marco Aurelio. Este nuevo escenario se ha situado en el **desastre de Elegeia** (Armenia) del año 161, donde, según **Dión Casio** una legión romana fue destruida a manos de las tropas partas dirigidas por el general **Cosroes**.

Sin embargo, no todos los especialistas aceptan esta teoría, ya que algunos pretenden diferenciar entre Quinto Numisio Junior, mencionado en el diploma militar, y Q. Camurio Numisio Junior, citado en la inscripción sin fecha, haciendo del primero el hijo del segundo, por lo cual la fecha del consulado y, por tanto, también la del tribunado de la legión IX Hispana se avanzaría en el tiempo, descartando, así, la fecha del año 140 como la última de la que tenemos información de la existencia de la legión.

De ahí que, aunque conozcamos algo más sobre historia de la legión IX Hispana, no hayamos podido determinar cuál fue su destino final. A pesar de que sabemos que la legión no fue destruida ni disuelta en Britania en época del emperador Adriano, desconocemos si halló su final en Judea durante la revuelta de Bar-Kokhba bajo las órdenes del general Julio Severo o si fue destruida por las tropas partas en la batalla de Elegeia en el año 161.

De lo único de lo que estamos seguros es de que la legión IX Hispana ya no estaba en activo al inicio del reinado de Marco Aurelio, ya que no aparece en la famosa inscripción del año 162. De ahí que aún no se haya desvelado el secreto de la IX Hispana y que por lo tanto el misterio acerca de su final siga abatiéndose sobre la historia de Roma y siga proporcionando de una temática apasionante a todo aquel que se acerque a ella.

#### *Bibliografía específica:*

Birley, A. R. *The Roman Government of Britain*, Oxford-Nueva York, 2005.

Erdkamp, P. (editor). *A Companion to the Roman Army*, Blackwell, Malden, Oxford Carlton, 2007.

Glodsworthy, A. *El ejército romano*, Madrid, 2005.



Ireland, S. *Roman Britain. A Sourcebook*, Abingdon, Nueva York, 2008.

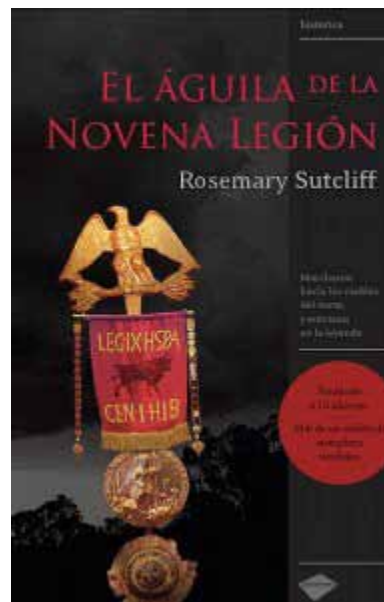
Keppie, L., “The fate of the Ninth Legion. A problem for the eastern provinces?”, en *The Eastern Frontier of the Roman Empire*, Oxford, 1989, págs. 247-255.

Keppie, L. “Legio VIII in Britain: The Beginning and the End”, en *Legions and Veterans. Roman Army Papers*, Stuttgart, 2000, págs. 201-218.

Keppie, L. “Legiones II Augusta, VI Victrix, IX Hispana, XX Valeria Victrix”, en *Les Légions de Rome sous le Haut-Empire*, Lyon, 2000, págs. 25-35.

Mor. M. “Two legions – the same fate? The disappearance of the legions IX hispana and XXII Deiotariana”, en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, nº 62, Bonn, 1986.

Shotter, D., *Roman Britain*, Abingdon, Nueva York, 2004.



*Literatura:*

*El águila de la IX legión*, Rosemary Sutcliff (1955).

*Cine:*

*La última legión*, director: Doug Lefler (2007).

*Centurión*, director: Neil Marshall (2010).

*La legión del águila*, director: Kevin Macdonald (2011).

Jorge Pisa

## Protagonistas de la historia de la observación del Universo

En estos últimos días nos hemos visto sorprendidos por las maravillosas imágenes mostradas en los diferentes medios de comunicación, captadas por **el último de los grandes observatorios astronómicos** que ha comenzado su funcionamiento, el que está en el desierto chileno de Atacama (conocido como **ALMA**, siglas en inglés de la tipología de su técnico instrumental) que con sus radiotelescopios permitirá observar los confines del Universo, y sobre todo las densas nubes de polvo cósmico y gas donde se forman estrellas y planetas. Pero **¿cómo comenzó este afán del hombre por conocer el Universo que nos rodea?**

Desde el principio de los tiempos el ser humano ha mirado a los cielos y, observándolos, se ha preguntado por su papel en los confines de la vasta bóveda estelar. Multitud de preguntas se agolparon en las mentes de los **hombres primitivos** que, lastrados por sus carencias científicas, resolvieron fácilmente encomendándolas a los propósitos de los dioses.



*Monumento megalítico de Stonehenge.*

Aún así surgieron culturas que comenzaron a observar los movimientos de los objetos celestes buscando esa conexión entre la naturaleza y la divinidad. Las megalíticas, cuyos restos se muestran en **Stonehenge** (2200-1600 a.C.) en Inglaterra o **Carnac** (6000-2000 a.C.) en Francia, señalaban con sus círculos de piedras las posiciones cambiantes del **Sol** y de la **Luna** que les sirvieron para diseñar **primitivos calendarios**.

### *Las antiguas culturas*

Los **egipcios**, allá por el 2500 a.C., ya manejaban calendarios de 365 días con tres estaciones de cuatro meses cada una. Nuestros calendarios son herederos suyos.

La **cultura babilónica** fue la primera de la que tenemos noticia que observó un eclipse solar, sucedió en el 763 a.C. Además utilizaron rudimentarios métodos matemáticos para calcular las posiciones de los planetas.

Los **antiguos griegos** fueron responsables del desarrollo de muchas ramas de la ciencia. En relación con la observación del firmamento, los mayores hitos son debidos a **Tales de Mileto** (640-546 a.C.), que predijo el eclipse de Sol del 585 a.C.; **Eudoxo** (408-355 a.C.), que aportó la primera explicación sistemática de los movimientos del Sol, la Luna y los planetas, y descubrió que el año tiene 6 horas más que los 365 días; **Aristóteles** (384-322 a.C.), que aseguraba que la Tierra era redonda; y **Tolomeo** (100-170 d.C.), que preparó un catálogo estelar, y en su obra *Almagesto*, expuso sus teorías acerca del orden astronómico, postulando que la Tierra era el centro del **Universo**, y que el Sol, la Luna y los planetas giraban alrededor de ella. Este sistema **geocentrista** totalmente erróneo, tal y como sabemos hoy, perduró durante quince siglos.

### *La revolución heliocentrista*

Hasta el siglo XVI no hay grandes avances significativos, pero es entonces cuando surge la llamada **revolución heliocentrista** y comienza la **astronomía científica**. El clérigo polaco **Nicolás Copérnico** (1473-1543) realizó cuidadosos estudios de los movimientos planetarios llegando a la conclusión de que en el centro del sistema debería estar el Sol, y que la Tierra y los otros planetas giraban en torno a él en órbitas circulares.

Unos años después, el astrónomo danés **Tycho Brahe** (1546-1601), que era un gran observador de la cúpula celeste, preparó el mejor catálogo de estrellas existente hasta el momento; y **Johannes Kepler** (1571-1630) propuso un modelo ejemplar en el que

los planetas giraban en torno al Sol describiendo órbitas elípticas.

Es en ese momento cuando comienza la verdadera observación del Universo, pues el italiano **Galileo Galilei** (1564-1642) utiliza por primera vez en 1610 el **telescopio** (inventado unos pocos años antes) para ello. Se sirvió de él para observar los cráteres de la Luna, las estrellas de la **Vía Láctea**, los cuatro satélites mayores de Júpiter, así como las fases de Venus.



*Observación telescópica de Galileo.*

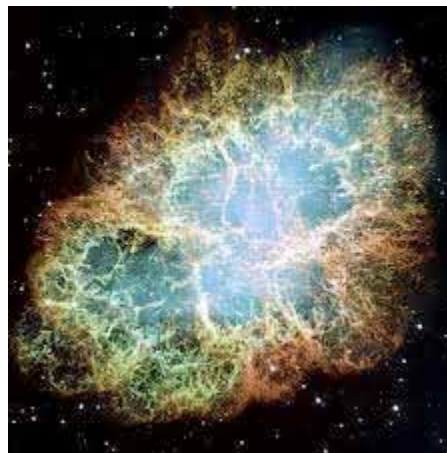
La figura de **Isaac Newton** (1642-1727) es trascendental para la **astronomía**, no por sus observaciones a través de su telescopio reflector, que utiliza espejos en lugar de lentes, sino por deducir la **Ley de la Gravitación Universal**, que muestra cómo los cuerpos ejercen mutuas fuerzas de atracción entre sí en función de sus masas y de la distancia que los separa. Con ella quedó definitivamente descartada la teoría *geocentrista* del Universo.

#### *La astronomía moderna*

Uno de los astrónomos más famosos es **Edmund Halley** (1656-1742), a quien todos reconocemos por el cometa que lleva su nombre. En su libro *Synopsis astronomiae cometicae* demostró matemáticamente mediante la aplicación de las leyes de Newton, que **los cometas giran en órbitas elípticas alrededor del Sol**, lo que le sirvió para predecir el regreso de *su cometa* a la Tierra en 1758.

Un detallado catálogo, que todavía hoy en día se sigue utilizando, de nebulosas, estrellas, cometas y

galaxias fue elaborado por **Charles Messier** (1730-1817) desde el observatorio de París. La primera **nebulosa** catalogada fue una de las más hermosas, la **del Cangrejo**, que en realidad es el resto de la explosión de una estrella en forma de supernova.



El primer astrónomo que realizó una medición precisa de la distancia de una estrella fue **Friedrich Bessel** (1784-1846). Para ello empleó el denominado **método de paralaje**, que consiste en observar una estrella cercana desde lados opuestos de la órbita de la Tierra —es decir, en un intervalo de seis meses— y determinar así el aparente cambio de su posición. Su distancia se obtiene mediante sencillos cálculos trigonométricos.

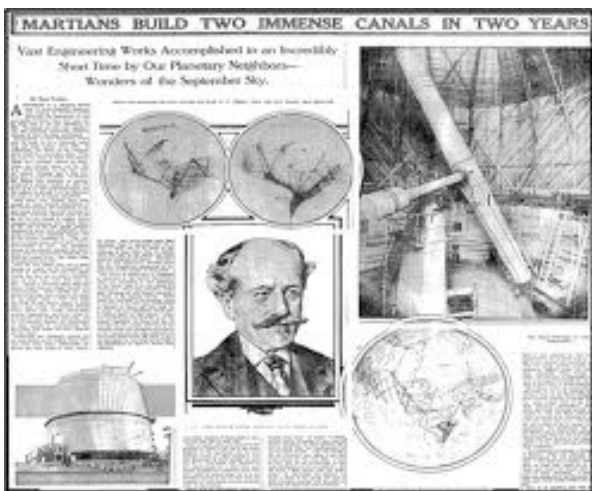


*Método de paralaje.*

Fue **William Herschel** (1738-1822) quien descubriría por primera vez los sistemas de dos estrellas que denomina binarios. Uno de los primeros en

observarse fue la pareja que constituye el sistema de *Sirius*.

Uno de los fiascos más curiosos en la historia de la observación cosmológica se refiere a **Percival Lowell** (1855-1916), astrónomo estadounidense que propugnó la existencia de **vida inteligente en Marte** al suponer en 1906 que había descubierto la existencia de canales en su superficie, que él suponía contruidos por los habitantes de aquel planeta para transportar el agua de las zonas polares a las áridas tierras del ecuador. Hoy en día sabemos que los supuestos canales eran tan sólo observables por efectos ópticos debidos al alineamiento aparente de una variada red de estructuras geográficas.



*Los "canales marcianos" de P. Lowell.*

Aunque no ejerció como astrónomo observador, **Albert Einstein** (1879-1955) dio un gran paso en el campo teórico de esta ciencia cuando, mediante la aplicación de la **Teoría de la Relatividad**, predijo la desviación de la trayectoria de la luz de las estrellas al pasar frente a objetos muy masivos, y también la deformación que sufriría un cuerpo y cómo se ralentizaría su tiempo al moverse a velocidades cercanas a la de la luz. Asimismo, propuso que **el Universo** no es algo estático sino que se halla **en expansión**.

Los continuos avances en la construcción de instrumentos telescópicos unidos a la amplia gama de las regiones de luz a las que eran sensibles permitieron aumentar los descubrimientos estelares a niveles inimaginables hace unos años.

Precisamente con el empleo de estos avances técnicos, **Edwin Hubble** (1889-1953) observando una serie de galaxias comprobó en 1929 que todas se alejaban entre sí y de nosotros al mismo tiempo: había confirmado la expansión del Universo propuesta por Einstein.



*Modelo del Universo expansivo.*

Este descubrimiento permitió a George Gamow (1904-1968) enunciar en 1948 la teoría del origen del Universo: la **gran explosión -Big Bang-** de un **núcleo primordial** o singularidad que se expandió creando el espacio y la materia a partir de la energía contenida en dicho núcleo. Esta teoría es confirmada en 1965 al observarse la radiación de microondas del fondo del Universo por **Anzio Penzias** (1933) y **Robert Wilson** (1936), que coincide con el residuo energético previsto por la teoría comentada.

Los observatorios astronómicos modernos cuentan con enormes telescopios apoyados por potentes ordenadores que procesan los datos obtenidos. Algunos de los más importantes son los del **Monte Aricibo** (creado en 1963) en Puerto Rico, el de **Mauna Kea** (1970) en Hawai y el del **Cerro Paranal** (1998) en Chile que alberga el telescopio VLT de muy alta resolución, formado por cuatro telescopios sincronizados.



*Imagen de la Vía Láctea desde el Observatorio del Cerro Paranal.*



En España los principales observatorios son el del **Teide** (1964), con telescopios solares, nocturnos y de fondo cósmico de microondas; y el del **Roque de Los Muchachos** (1985), en la isla de La Palma.

No podemos concluir esta relación de observatorios sin citar el más destacado, el **Telescopio Espacial Hubble**, situado en órbita en 1990, que captura y envía imágenes y datos sin la distorsión provocada por la atmósfera. Sus descubrimientos, maravillosas imágenes captadas, han sido divulgados profusamente a través de los medios de comunicación en los últimos años.

Por último, hagamos mención a la iniciativa liderada en 1999 por el astrónomo **Carl Sagan** (1934-1966), el proyecto **SETI** (*Search for ExtraTerrestrial Intelligence*), cuyo objetivo es encontrar inteligencia extraterrestre mediante la interpretación de señales captadas por los radiotelescopios del Observatorio del Monte Arecibo. Para ello, millones de personas de todo el mundo ponen a disposición del proyecto sus ordenadores personales procesando en ellos la información capturada.



*Nebulosa del Águila captada por el Telescopio Hubble.*

### *Concluyamos*

Podemos concluir diciendo que en la actualidad conocemos que vivimos en un sistema solar localizado en uno de los brazos externos de nuestra galaxia -la **Vía Láctea**- compuesta por miles de millones de estrellas, que forma parte de un conjunto galáctico llamado **Grupo Local**, el cual, a su vez, se localiza en un supercúmulo de galaxias distribuidas por un Universo con un tamaño de más de 15 mil millones de años luz, que se encuentra en expansión.

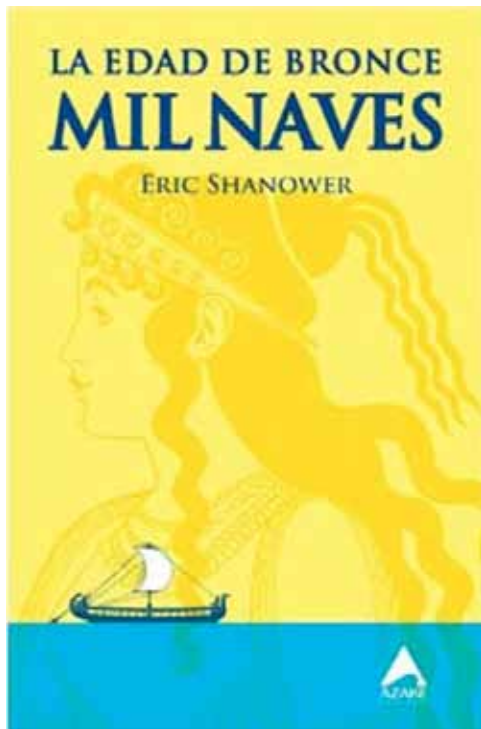
La información que obtenemos del Universo en que vivimos se multiplica con efervescencia en los últimos años. Los conocimientos y las imágenes del mismo se agolpan en los medios de comunicación, y esto es sólo el principio.

Pronto el Cosmos se mostrará a cada uno de nosotros para observarlo a través de las tecnologías más fantásticas hoy en día sólo imaginables, y no sólo eso, viajaremos por los planetas y las estrellas “hasta llegar a donde jamás llegó el ser humano”. Entonces los *marcianos* seremos nosotros.

Ángel Rodríguez Cardona



## La Edad de Bronce. Una mirada sobre el mito troyano



*La Edad de Bronce 1. Mil naves*

**Eric Shanower**

Lugar y fecha de edición: Barcelona 2011

Azake Ediciones

Páginas: 244

La **Guerra de Troya** existió. La cuestión no es si esa confrontación bélica más o menos legendaria, de la cual Homero contó un episodio en *La Iliada*, fue exactamente como se transmitió en la tradición oral y escrita de la primera obra literaria de nuestra civilización. El problema no radica en saber, en todo caso, a cual de las muchas confrontaciones que han tenido lugar en ese espacio físico que separa y une por igual a Europa y Oriente Próximo se refiere la narración épica escrita hace 2.000 años, basada en narraciones orales con, como mínimo, 1.000 años más. No. La cuestión es que la Guerra de Troya lleva mucho tiempo alumbrando la imaginación colectiva, a través de la literatura y el arte, que forma parte del subconsciente y de la herencia cultural de todo el planeta.

Hecho histórico o no, o suceso ocurrido en parte, que es lo más probable, la Guerra de Troya existe como expresión cultural, y eso hace que forme parte de la Historia.

La literatura en todas sus manifestaciones y las artes visuales en todas sus expresiones han buscado su “versión” de la Guerra de Troya. El **cómic**, una forma literaria que se basa en el arte pictórico, pero que es algo más que la suma de ambos, no podía ser menos.

**Eric Shanower** (nacido en Florida, Estados Unidos, el 23 de octubre de 1963) es el responsable de la última mirada a una leyenda que nos transporta una vez más al lugar donde está el foco del miedo del mundo de hoy, que es esa raya imaginaria que separa Occidente de Oriente.

Shanower, un dibujante y guionista que se resiste a pasarse la vida dibujando tebeos de superhéroes, empieza a publicar en 1998 -en la **editorial Image**- una colección de cómics con vocación mensual, que acabarán siendo trimestrales, titulada “*Age of Bronze*”. Obsesionado con Troya, traza un proyecto de 65 cómic-books recopilables en siete volúmenes. Aquí, en España, acabamos de ver publicado, tras la serialización de varios de los cuadernillos, el primer volumen, titulado *La Edad de Bronce. Mil naves*. Así que los lectores españoles estamos de enhorabuena, porque un auténtico festín gráfico, literario e historiográfico acaba de comenzar.



El libro arranca con un joven e impulsivo **Paris**, pastor de vacas, que no tarda en saber que es hijo no reconocido de **Príamo**, rey de Troya. Su necesidad de congraciarse con su nuevo linaje le lleva a secuestrar, en compañía de **Eneas**, a la esposa de **Menelao**, la bellísima **Helena de Troya**. El rapto en realidad

es seducción, pero la venganza es un plato que se toma frío, porque Menelao le pide ayuda a su hermano **Agamenón** y juntos reclutan a **Odiseo** y, sobre todo, a **Aquiles**, personaje que adquiere un gran protagonismo en la historia.

Junto a muchos episodios colaterales magníficamente insertados, el cómic nos cuenta la organización de lo que podría haber sido la primera gran coalición occidental. El tomo concluye con la salida de los 1.000 barcos, dirección Troya, a una guerra que los oráculos ya han informado que durará 10 años. El fin del volumen es un auténtico *cliffhanger* (expresión americana que significa literalmente ‘colgando del acantilado’ y que alude al final de los episodios de míticos seriales cinematográficos) que deja al lector con ganas de más.

El resultado del trabajo de Shanower, merecedor de dos **Premios Eisner** (2001 y 2003), es un bellissimo cómic, con hermosos y minuciosos dibujos en blanco y negro, con un guión brillantemente trazado y una caracterización de personajes sencillamente admirable.

Pero por encima de ello destaca, y eso aquí es lo que más nos importa, la **precisión histórica** en detalles como los uniformes de los soldados, los vestidos civiles de hombres y mujeres, los barcos, la arquitectura de la época, los peinados y paisajes y la ambientación general, lo que es resultado de la pasión de un autor que, como se puede leer en los maravillosos prólogos del libro, ha leído todo lo que se ha escrito, visualizado todo lo que se ha pintado, viajado a los lugares de referencia e interrogado a los expertos sobre un asunto legendario que da mucho juego.

Por ello, en *Mil naves*, fruto de esa extraordinaria investigación, no tenemos esa iconografía a la que el cine y gran parte de la pintura antigua y moderna nos habían acostumbrado. Aunque el hecho narrado pudiese no ser real, Shanower es coherente y sitúa la acción en el siglo XIII antes de Cristo, que es la época de la que procede la leyenda narrada.

El arte del cómic, obviamente, retrocede hasta la época que da título a la obra. Y es coherente, porque en ella no veremos templos clásicos con capi-

teles jónicos ni columnas dóricas. Y los soldados de Micenas no son los soldados corintios de la película de Brad Pitt. Y los troyanos se inspiran en los hititas, a los que debieron parecerse más que a ninguno de otro lugar o época, según las fuentes consultadas por Shanower, que incluyen a prestigiosos historiadores a los que, según él mismo cuenta en uno de los prólogos, asaltó tras alguna conferencia, para asaltarles con cuestiones aparentemente nimias, eso sí, sin confesarles que les robaba su importante tiempo para poder hacer con esa información un tebeo, en una actitud modesta sencillamente admirable.

A la hora de trazar su guión, el autor confronta los diferentes mitos que se entrecruzan y busca coherencia entre versiones clásicas que pudiesen ser contradictorias, simplificando la complejidad de la empresa en **una historia lineal**, en la que las decisiones están bien tomadas, y en la que los escasos *flashbacks* o episodios fantásticos se ilustran con caricaturas al estilo manga.

La sensualidad y la violencia, la lujuria y la traición, las risas y las lágrimas, se acomodan perfectamente en una narración gráfica en la que los dioses pierden la importancia de la obra de Homero, quedando su papel reducido a las premoniciones y sueños, lo que da realismo a la obra. Aquí, los protagonistas son los hombres y las mujeres, y la historia se desencadena por la ambición y la lujuria. Como en la vida misma.



Por eso, en este libro, por primera vez, la Guerra de Troya, es una guerra, y eso encierra siempre algo sucio. La visión de Shanower es épica, sí, porque la empresa de Agamenón y perfiles como los de Odiseo y Aquiles influyen mucho en que así sea, pero es una **visión moderna** y la guerra es algo indeseable, incluso ridículo, sobre todo a la luz de los motivos de la misma. Una frase del autor, recogida de una entrevista, creo que ilustra muy bien su posición al respecto: “Hay toda esa vieja historia de agravios percibidos, con o sin base, y quién sabe dónde empezó y quién sabe dónde va a terminar, Oriente contra Occidente, y es terrible, por no hablar del asunto de Irak, que es como ‘vamos a mentir para poder ir a la guerra, así que todo vale’. Es lo mismo, parece que nada cambie”.

La guerra, tal y como la pinta Shanower, huye de la idea romántica de que es la fragua del valor masculino y se vislumbra en todo momento como un motor del dolor y la pérdida.

Resulta de gran valor que la reflexión del historietista estadounidense nos llegue a través de un cómic, lo que pone en valor este formato narrativo. El resultado de todo ello es una obra extraordinaria que se puede disfrutar con igual agrado tanto si ponemos sobre ella los ojos del lector de tebeos que busca evadirse, como si ponemos los de ese otro lector que busca explicaciones a las grandes cuestiones de la vida o de la Historia.

Ricardo Ibáñez

## La batalla de Gettysburg

En los primeros días del mes de julio de 1863, cuando ya habían transcurrido dos años de conflicto, se produjo uno de los momentos claves de la **Guerra Civil estadounidense**. En el imaginario colectivo, en especial para los europeos, puede que este sea el episodio más importante de toda la contienda, y en cierto modo lo pudo ser. Pero no se puede olvidar que la lucha continuó otros dos años más, a pesar de la victoria del Ejército federal frente a los “rebeldes”.

### *El camino a Gettysburg y el factor de mando*

En las elecciones de 1860, se impuso el candidato republicano, **Abraham Lincoln (1809-1865)**. Era un importante activista contrario a la esclavitud, un **abolicionista**, por lo que los estados del sur de **Estados Unidos** le vieron como un enemigo de una de sus instituciones tradicionales: la esclavitud.

El conflicto entre esclavistas y abolicionistas ocultaba una lucha por la concepción del poder entre federalistas y confederados que se remontaba a los debates constitucionales tras conseguir la independencia en 1783. Los primeros defendían la preeminencia del gobierno federal sobre los estatales; los segundos, el predominio de los estados sobre el gobierno de la confederación. Junto a lo anterior, existía también un problema socio-económico de calado, dos modelos sociales y económicos antagónicos.

La elección del republicano **Lincoln** fue simplemente la excusa para que once estados decidieran separarse del resto de la **Unión** y formar los **Estados Confederados de América**, iniciándose una cruenta guerra civil (1861-1865).

Aunque, tanto la Unión como la Confederación consideraban que la guerra sería rápida y corta, se fue prolongando más allá de lo que todos pudieron prever. La Unión tenía la ventaja del potencial demográfico e industrial. La Confederación, en cambio, disponía de la mayoría de los oficiales con experiencia en combate, así como con líderes y mandos mucho más cualificados a la hora de dirigir tropas y campañas que los federales.



*Primera batalla de Bull Run.*

Los confederados obtuvieron importantes victorias sobre los generales de la Unión, como fueron las logradas en las dos batallas de **Bull Run** (21 de julio de 1861 la primera de ellas y del 28 al 30 de agosto de 1862 la segunda), **Fredericksburg** (del 11 al 15 de diciembre de 1862), **Chancellorsville** (1 al 5 de junio de 1863), o al menos quedaron en resultados indecisos, como fue el caso de **Antietam** (17 de septiembre de 1862). Pero a pesar de ellas, siempre había un nuevo ejército listo para ser lanzados contra **Richmond**, la capital de **Virginia** y de la Confederación. **Washington**, capital de la Unión, y Richmond distaban poco más de cien kilómetros. Por dicha razón, ambas capitales estaban bajo la amenaza constante de ser atacadas.

La campaña que desembocó en la batalla de **Gettysburg** fue el resultado de una decisión política. Desde Richmond, el presidente de la Confederación, **Jefferson Davis** (1808-1889), decidió invadir Pensilvania para atacar Washington, con lo que se buscaba causar la derrota definitiva y obligar al presidente de la Unión, Abraham Lincoln, a negociar la paz. Junto a lo anterior, además, se pretendía conseguir el reconocimiento internacional de los Estados Confederados de América por parte de Gran Bretaña y Francia, lo cual daría a la Confederación la legitimidad para negociar de estado a estado con la Unión, rompiéndose la idea de unos estados rebeldes frente al gobierno legítimo.

Tras dos años de dura lucha, el Norte había apenas obtenido éxitos, mientras que el Sur había logrado infringir derrotas importantes a la Unión. La moral



en Washington cada vez era más baja, creciendo el número de partidarios de lograr una paz negociada, aunque eso implicase la ruptura de la Unión. De hecho, al general **George B. McClellan** (1826-1885) se le llegó a acusar de falta de “ardor combativo” para forzar una negociación. Tras abandonar la vida militar se presentó a las elecciones de 1864 como candidato demócrata y la base de su programa era el fin de la guerra. Esto demuestra que otra victoria más de la Confederación podría significar la desmoralización general en la Unión y su reconocimiento internacional, por miedo a una intervención militar europea.

Pero para lograr esto, era necesario desvincular la cuestión de la **esclavitud**, por lo que toda la retórica de los representantes y políticos confederados era presentar la guerra como una cuestión política, obviando de su discurso cualquier mención a aquella. No debemos olvidar que **Gran Bretaña** la abolió en 1834, dedicándose a perseguir la trata de esclavos a partir de dicha fecha, como puede verse en la película *Amistad*, de **Steven Spielberg** (1997).



*General Lee*

A Gran Bretaña le interesaba, por otra parte, este reconocimiento, ya que la guerra estaba desabasteciendo de algodón a su industria textil, teniendo que conseguir esta materia prima en terceros países. Fue la época conocida como la del “**hambre del algodón**”, que consistió en una subida de los precios del

algodón por la escasez del mismo, algo que afectó a la industria textil de toda Europa. Pero sólo se daría este reconocimiento, a pesar del mantenimiento de la esclavitud, si el Sur era capaz de imponerse de una forma clara y definitiva al Norte.

Desde Richmond, el presidente Jefferson Davis presionaba a su mejor comandante, **Robert E. Lee** (1807-1870) para conseguir la victoria que asegurase el reconocimiento internacional y la negociación de la paz con Washington.

La citada **batalla de Chancellorsville** (del 1 al 5 de junio de 1863) casi lo fue tras el ataque fulminante de las tropas del general **Thomas Stonewall Jackson** (1824-1863). Pero ese mismo ímpetu, que ocasionó la ruptura de las líneas de la Unión, y el hecho de que finalmente los mandos federales lograran recomponer y reorganizar a los soldados nordistas, evitó la aniquilación del principal ejército de la Unión.

Lee ahora tenía una nueva oportunidad, buscando dar el golpe definitivo al **Ejército del Potomac**, el principal ejército de la Unión en el Este y tener la posibilidad de amenazar la misma capital de la Unión. Esto implicó una persecución, buscando el terreno más idóneo para forzar la lucha, ocasionando un juego de maniobras y contra-maniobras, pero sin establecerse contacto entre ambos ejércitos, al discurrir entre ellos la cordillera conocida como las Montañas Rojas.

En la batalla de Gettysburg se enfrentaron los dos principales ejércitos de ambos bandos. Por la Unión, el Ejército del Potomac. Por la Confederación, el de **Virginia del Norte**. La denominación militar se debía a las tradiciones de cada bando. Mientras que la Unión solía denominar con el nombre del río en el que desplegaban a sus ejércitos y a las batallas donde combatían, la **Confederación** prefería referirse al nombre del territorio en el que actuaban para denominar a sus ejércitos y batallas.

El Ejército del Potomac (federal) era más numeroso que el Ejército de Virginia del Norte, con unos noventa mil soldados frente a los setenta y cinco mil de los virginianos. Sin embargo, una diferencia importante a favor de los rebeldes la marcaba la mayor



calidad de mando de su comandante, el veterano general Lee.

Lee conocía a muchos de los oficiales, tanto de un bando como de otro, ya que era uno de los militares más experimentados del Ejército estadounidense, tras haber combatido en la **guerra contra México** (1846-1848) donde se desempeñó como uno de los oficiales de confianza de **Winfield Scott** (1786-1868), el comandante de las fuerzas estadounidenses. Más tarde fue el director de la **Academia de West Point**, en la que se preparan los futuros oficiales del Ejército de Estados Unidos y reciben una formación académica. Muchos de estos conocían y respetaban a Lee, bien por haber estado bajo su mando o por haberle tratado durante su cargo en la academia. Muchos de los generales federales tenían un temor casi reverencial por él.

Esta sensación se transmitía a los soldados de Lee, los cuales mostraban una gran fe en su capacidad y en las decisiones que tomaba junto con su estado mayor, incluso en los malos momentos. A esto tenemos que añadir que los soldados confederados luchaban con la convicción de defender los derechos de sus estados, como manifestación de los propios, frente al expansionista Norte que no pretendía más que imponer un modelo homogéneo federal en todo el territorio, que supuestamente atacaba a su independencia y a sus libertades. Para ellos, la cuestión de la esclavitud era irrelevante, luchando por la libertad e independencia, aunque suene paradójico, de sus respectivos estados frente a la Unión.

A diferencia de los sudistas, las tropas de la Unión tuvieron una serie de generales incompetentes, como George B. McClellan, el cual se caracterizó por ser un gran organizador, pero un mal líder militar. Otro de los generales mediocres que dirigieron las tropas de la Unión fue el general **Ambrose Burnside** (1824-1881), responsable de las derrotas de **Fredericksburg** (13 de diciembre de 1862) y de la conocida como **batalla del Cráter en Petersburg** (julio de 1864), que aparece en el film de Anthony Minghella **Cold Mountain** (2003). Lee se aprovechó de todo esto, a pesar de tener recursos muy inferiores, para sacar el máximo partido a los mismos y a las debilidades e incompetencias de sus adversarios.

Los soldados de la Unión carecían de una conciencia de estar luchando por una verdadera causa, a diferencia de los confederados. Unos luchaban por mantener la Unión pero no se cuestionaban la esclavitud; otros luchaban contra la esclavitud, mientras que hubo soldados extranjeros que se alistaban según desembarcaban de los barcos que les traían a su supuesta “tierra de promisión”, cuestión que se puede apreciar en la cinta de Martin Scorsese **Gangs of New York** (2002), por lo que la motivación de estos soldados era heterogénea. A esto se debe añadir la desconfianza y la poca moral de combate de muchos combatientes a causa de sus mandos, debido a la incompetencia de los mismos, como ya hemos señalado.

En el ámbito militar, y, más aún, teniendo en cuenta las tácticas de esta época, similares a las que se desarrollaron durante las Guerras Napoleónicas en la Europa de principios del siglo XIX, cuestiones como la moral de los combatientes era fundamental. Era importante tanto para avanzar y combatir, como para mantener la disciplina y evitar que se rompieran las formaciones. Los soldados avanzaban en columnas de marcha, organizándose en líneas de dos tiradores que avanzaban sobre el enemigo. Estas dos líneas disparaban, recargaban y volvían a disparar, estando todos ellos agrupados hombro contra hombro, buscando causar el mayor daño posible al enemigo.

Esto implicaba la necesidad de una gran disciplina para soportar el fuego enemigo, así como para mantener la calma durante los combates, produciéndose muchos muertos y heridos. Estas tácticas eran asumidas en época de Napoleón, pero con el desarrollo de nuevas armas, como revólveres y fusiles de retrocarga, más fáciles y rápidos de cargar, además de las primeras ametralladoras (modelo gatling), el número de bajas aumentó de forma catastrófica. De hecho, la cifra de muertos y heridos superó el medio millón, siendo el conflicto bélico con mayor número de bajas a lo largo de toda la historia de Estados Unidos.

Contrariamente a lo que se cree, cuando se luchaba en formación, los primeros que solían huir y ocasionar la descomposición de la unidad no eran los soldados implicados en la lucha y sí, en cambio, los

que estaban en posiciones retrasadas, sin verse aun comprometido en el fragor del combate. Esto era debido a que no conocían en realidad la situación del enfrentamiento, de tal manera, que era muy fácil caer en el caos y provocar la desbandada de toda una unidad.

Esto mismo fue lo que sucedió en la ya mencionada batalla de Chancellorsville (Virginia, del 1 al 5 de mayo de 1863), donde estuvo a punto de desaparecer como unidad combativa el Ejército del Potomac ante el ataque por sorpresa de las tropas del general Thomas *Stonewall* Jackson, el cual cargó contra el mismísimo campamento de las tropas federales, ocasionando una dispersión de las tropas enemigas. Acabó en una lucha de pequeños grupos de soldados desconectados del resto de sus unidades, con un gran caos, del cual fue víctima por el fuego amigo el propio general Jackson, quien acabó muerto a consecuencia de una neumonía tras ser herido en un brazo, que le tuvo que ser amputado.



*Meade junto a otros jefes y oficiales.*

Lee, aunque con menos tropas que sus adversarios, como ya hemos visto, tenía una mejor capacidad combativa. De hecho, el comandante del Ejército del Potomac durante la batalla de Chancellorsville, el general **Joseph Hooker** (1814-1879), acababa de ser sustituido por el general **George Gordon Meade** (1815-1872), el cual tomó el control efectivo del combate al finalizar la primera jornada de lucha, el 1 de julio de 1863. Ante este panorama, Lee pensaba

aprovecharse del mismo para intentar dar un golpe mortal a la Unión y terminar la guerra.

Las tropas de Lee podían compensar la superioridad numérica del enemigo con la mayor capacidad estratégica y de mando de su general y su estado mayor. Lo que no pudieron compensar fue la superioridad tecnológica de la Unión.

El general **James Ewell Brown**, más conocido como **J. E. B Stuart** (1833-1864), comandante de la caballería de Lee, cubría el flanco derecho. Este joven general, era uno de los oficiales de caballería más prestigioso de toda la guerra, creciendo, como otros muchos oficiales confederados, a la sombra de Lee. Su principal defecto era su carácter teatral, que le llevaba a vestir de forma colorida o a buscar la publicidad de sus acciones. Por dicha razón, cuando llegó el momento de la batalla se dedicó a perseguir a la caballería federal y a atacar el territorio enemigo, sin cumplir su función principal.

La caballería era la fuerza de reconocimiento con la que contaba todos los generales, pero en esta ocasión, Stuart comenzó a llevar a cabo una serie de correrías por el territorio enemigo, dejando de lado su principal misión, es decir, ser los ojos y los oídos de Lee. La otra función de la caballería era ser una fuerza móvil que protegía los flancos, es decir, los lados de un ejército que avanzaba, eliminando avanzadillas y patrullas enemigas. Podía realizar también incursiones en territorio enemigo para destruir objetivos estratégicos, como nudos de comunicaciones, almacenes o vías férreas. Finalmente, ejercía de forma ocasional como fuerza de infantería desmontada, aunque no fuera este su cometido principal.

Lee solo pudo contar con estas tropas en el tercer día, cuando ya no necesitaba de ellas, al haberse enzarzado ya en la batalla con todas sus fuerzas.

No obstante, una vez que comenzó la batalla y concluyó la primera de las tres jornadas de lucha (del 1 al 3 de julio de 1863), las directrices políticas que tenía Lee hicieron que cometiera una serie de errores que serían determinantes para la derrota confederada, no logrando ninguno de sus objetivos.

De hecho, el Ejército de Virginia, de haber sido más agresivo su comandante, el general George Gordon Meade, podría haber sido aniquilado entre el 4 y el 13 de julio. Fue el tiempo que tardó Lee en poder volver a cruzar el río Potomac. Pero el peso de la reputación de Lee lo evitó.

*El inicio de la batalla y la decisión de Buford (30 de junio y 1 de julio de 1863)*

Ambos ejércitos avanzaban sin saberlo de forma paralela porque una cordillera les separaba. En su extremo norte había una pequeña ciudad de tamaño, llamada Gettysburg, pero grande en importancia por ser un nudo de comunicaciones. Tenía una fábrica de botas y zapatos, lo cual era importante, porque, aunque a nosotros nos pueda parecer un hecho curioso, muchos soldados del Sur no disponían de calzado, por lo que una pequeña fuerza confederada se acercó el 30 de junio por la tarde para intentar capturar su almacén. Fue interceptada por una patrulla de caballería federal que dispersó a los confederados e informó a su comandante, el general de brigada **John Buford** (1826-1863), de la presencia de tropas de la Confederación en la zona.

Buford, comandante de dos brigadas de caballería (unos tres mil soldados) se dio cuenta de la importancia que podía tener la ciudad. Comprendió que Lee, al conocer la presencia de tropas enemigas, mandaría más efectivos para tomar la posición, al ser un nudo de comunicaciones por donde discurrían todos los caminos de la zona.

Era necesario, por tanto, aguantar hasta que su superior, el general **John F. Reynolds** (1820-1863), pudiera llegar. Era el superior de Buford y contaba con unos diez mil hombres cerca de Gettysburg. El objetivo de Buford era aguantar frente a un enemigo superior el tiempo necesario para que su superior, el general Reynolds, le relevase. Era necesario defender los accesos a Gettysburg, por lo que mandó desmontar a sus soldados y los desplegó por la zona conocida como **Seminary Ridge**, cerro donde se localizaba un seminario de confesión luterana. Buford sabía que el enemigo al menos le superaba dos a uno, es decir, dos enemigos por cada uno de sus soldados,

pero Seminary Ridge se caracterizaba por ser una zona alta, algo que facilitaba la defensa.

Este momento es fundamental para entender el desarrollo posterior de la batalla y la derrota del general Lee. Será conocida dicha acción como **la decisión de Buford**, al ordenar desmontar a sus menos de tres mil hombres y formar una línea que bloquease el avance de las tropas confederadas. Planteó su línea de defensa en Seminary Ridge, al norte de Gettysburg, tomando como punto de observación el campanario del seminario luterano que daba nombre al cerro.

Sin embargo, los soldados de Buford tenían una ventaja tecnológica. Estaban armados con carabinas de retrocarga, por lo que podían mantener un mayor ritmo de fuego que los soldados sudistas, con fusiles de avancarga (cargados por la boca del arma).

Un soldado de la Confederación podía realizar dos disparos por minuto, debido a la complejidad de tener que sacar el cartucho de cartón que contenía la pólvora, introduciéndola tras morderlo para abrirlo, meter la bala y “atacarla”, es decir, meterla en el cañón con una baqueta. Tras esta operación, se colocaba un fulminante en la cazoleta del arma para que la llave encendiera la pólvora.

Sin embargo, los soldados de Buford, actuando como una fuerza de infantería y desplegándose por el terreno, podían hacer hasta cinco disparos por minuto. Disparaban, abrían el cerrojo e introducían por detrás del sistema del gatillo, en la recámara, el cartucho, en el que se incluía la bala. Por lo tanto, era una operación mucho más simple que el mosquete de percusión de los confederados. De este modo, los jinetes de Buford, aunque menos en número que sus enemigos, tenían una mayor capacidad de fuego.

Esto compensó de forma parcial la desigualdad numérica y permitió que pudieran retrasar la acometida de Lee, que se había lanzado sobre Gettysburg al conocer la presencia de fuerzas de la Unión. Sin embargo, pese a contar con la ventaja de las carabinas y de la llegada de refuerzos, las tropas federales acabaron por ceder el sector del seminario luterano,

huyendo por las calles de la ciudad ante el rápido avance sudista. A pesar de esta victoria, de forma sorprendente, se dio la orden para que dejaran de avanzar los soldados confederados.

El resultado de ese primer día fue la victoria de la Confederación, aunque la Unión perdió Gettysburg. Pero Buford logró ganar el tiempo necesario para que pudieran reorganizarse las tropas federales al sur de la localidad y establecer una línea defensiva que frenase a Lee.

De forma inesperada, lo que comenzó como una simple escaramuza por conseguir unas botas, se acabó por convertir en la batalla más importante de la Guerra Civil estadounidense.

#### *El sistema defensivo de la Unión (dispositivo)*

Como hemos visto, tras la primera jornada de lucha, las tropas federales fueron empujadas al sur de Gettysburg. Sin embargo, el tiempo ganado por la caballería de Buford y la llegada de la infantería de Reynolds hizo posible que se pudiera establecer una línea defensiva al sur de la localidad, dominando el campo de batalla al controlar dichas alturas. En esta ocasión, era Lee y su ejército quien tenía que asaltar una defensa organizada en una zona elevada.



El ala derecha del dispositivo de la Unión formaba una especie de arco de medio punto, sobre una cota elevada llamada **Culp's Hill**, al sur de Gettysburg. El lado izquierdo de ese supuesto "arco" de medio punto se prolongaba hasta dos alturas a una distancia de unos cinco kilómetros y medio, llamadas

**Little Round Top** y **Big Round Top**. Entre Culp's Hill (lado norte) y los Round Top (lado sur), el centro del dispositivo se asentaba en un cerro conocido como Cemetery Ridge.

De esta forma, el dispositivo simulaba una especie de "f" con el trazo superior prolongado, dominando todo el terreno desde dichas alturas. Favorecía además el movimiento interno de tropas y de suministros, a través de las maniobras llamadas de "líneas interiores", de época napoleónica. Estas consistían en poder trasladar dentro de las posiciones de un ejército fuerzas de un sector a otro sin que fueran advertidas o atacadas por el enemigo. De esta manera, se podía reforzar aquellos puntos más amenazados por la presión enemiga, además de permitir la acumulación de tropas para un posible contraataque una vez que el enemigo se hubiera desgastado.

Por el contrario, la línea confederada estaba mucho más extendida, unos ocho kilómetros, ya que pretendía intentar sobrepasar y flanquear las alas federales. Sus movimientos eran visibles, a diferencia de lo que ocurría con las tropas de Meade, para los observadores federales, que podían dotar de una mejor información táctica a sus mandos. De esta forma, los oficiales federales podían contrarrestar cualquier movimiento sudista.

Esto implicaba que, a pesar de los éxitos iniciales en la jornada del 1 de julio de 1863, la situación para el **Ejército de Virginia del Norte** no era la más apropiada para llevar a cabo operaciones ofensivas contra el **Ejército del Potomac**, que les superaba en número.

#### *La disyuntiva de Lee y el segundo día (2 de julio de 1863)*

Ante esta situación, Lee tenía dos alternativas. La primera opción implicaba continuar la lucha, confiando en vencer a los nordistas por la mayor capacidad de lucha de sus hombres y las mejores capacidades de mando frente a los oficiales de la Unión. La segunda opción, defendida por el general **James Longstreet** (1821-1904), segundo al mando, era más conservadora y defensiva, pues planteaba un movimiento lateral para que las tropas de Lee se se-

parasen de las federales. Tras esto, Longstreet pedía esperar y dar batalla eligiendo Lee el campo de batalla.

A la consideración anterior habría que añadir el hecho de que aún no tenía a su disposición a todas sus fuerzas, ya que aún no disponía ni de la Caballería de J. E. B. Stuart ni de la división del general **George Pickett** (1825-1875).

El precio de esta segunda opción era convertir la victoria inicial confederada, táctica, en una derrota estratégica, ya que abandonarían el campo, que pasaría a estar dominado por los soldados de Meade. De esta manera, para la desmoralizada opinión pública de la Unión, la victoria sería para las tropas federales, al controlar el campo de batalla. Esto a su vez condicionaría el esperado **reconocimiento internacional de la Confederación** por las potencias europeas, lo que a su vez implicaba continuar la guerra, que cada vez era más insostenible para los confederados por su escasez de hombres para combatir y falta de industrias y recursos con los que mantener la lucha.

Finalmente, se impuso el criterio de Lee de continuar la batalla a pesar de la opinión de Longstreet, teniendo en cuenta además las directrices políticas que condicionaban la campaña del ejército virginiano. A pesar de haberse iniciado como un enfrentamiento relativamente pequeño, Lee decidió que Gettysburg era un lugar tan bueno como cualquier otro para acabar con la voluntad y el espíritu de lucha de la Unión.

Robert E. Lee decidió lanzar dos ataques sobre las alas federales. El primero, sobre el ala izquierda (zona sur) de la Unión para poder colocar la artillería y dispararla contra toda la línea de Meade. El segundo, tendría como objetivo el sector de Culp's Hill en el flanco derecho (lado norte). Se buscaba romper y penetrar en el dispositivo federal. La ventaja de este ataque, además de poder flanquear al resto del Ejército del Potomac, significaba amenazar la ruta por la cual se abastecía a todas las tropas federales, además de rodearlas y acabar con ellas.

El ataque principal se planteó en el ala izquierda de la Unión, donde se dio uno de los momentos más

épicos de toda la batalla: la defensa de **Little Round Top** por los voluntarios del **Regimiento de voluntarios 20º de Maine**, al mando del coronel **Joshua Lawrence Chamberlain**, un profesor de la Universidad de Maine enemigo de la esclavitud.

Lee había ordenado a Longstreet y al subordinado de este, **John Bell Hood** (1831-1879), tomar el flanco izquierdo, para así poder colocar allí su artillería y batir todas las posiciones federales. Sin embargo, el general Meade había reforzado sus flancos en previsión de cualquier tipo de maniobra que implicase romper la línea. Por esto, el ala izquierda estaba mejor protegido de lo que creía Lee. La lucha comenzó hacia las cuatro de la tarde, y fue de una extrema dureza. Poco a poco, los sudistas arrollaron a las fuerzas de la Unión, rompiendo sus líneas. La posición clave era Little Round Top, defendida por los hombres del 20º de Maine, que se defendieron con gran valentía, pero se encontraron casi en solitario durante cerca tres horas. Las tropas confederadas, lideradas por el **Regimiento 20º de Alabama**, llegaron a luchar cuerpo a cuerpo y con bayonetas con los veteranos de Maine entre los árboles de la colina.

Pero, a pesar de los ataques obstinados, no lograron romper la línea de Chamberlain y sus voluntarios. Fue justo en ese momento cuando llegó el momento de la verdad, ya que los soldados de Maine apenas tenían municiones. Si los sudistas volvían a atacar, tendrían que defenderse con piedras o huir, por lo que la única alternativa para Chamberlain era atacar ellos. Esperó a que los confederados comenzaran a subir y, en ese momento, Chamberlain mandó cargar colina abajo a la bayoneta.

Los soldados de la Confederación no se lo podían creer. Habían pasado de ser los atacantes a ser los atacados, comenzando a huir y rompiendo sus formaciones. Aunque la bayoneta no fuese un arma útil en mitad de un combate cuerpo a cuerpo, el terror que aun hoy provoca, y la fuerza y convicción del ataque de los nordistas provocó el desconcierto y el fracaso del asalto.

El segundo ataque comenzó al atardecer, sobre Culp's Hill. Lee confiaba en que la zona estuviera debilitada porque muchos de sus defensores se hu-



bieran desplazado para frenar la ofensiva sobre el flanco izquierdo. Pero las tropas que se encontraban en el lugar, únicamente una brigada, pudieron mantener la posición y rechazar los ataques del enemigo.

Ante una posible amenaza rebelde, se había ordenado que la brigada construyera unas defensas sólidas, por lo que, cuando las tropas del Sur se lanzaron sobre las posiciones enemigas, se encontraron a soldados perfectamente parapetados que los estaban esperando. Los sudistas pudieron ocupar las trincheras más expuestas al asalto. Eran las que estaban en la zona más baja, pero no pudieron ir más allá, permaneciendo los defensores en sus posiciones resistiendo ante fuerzas superiores. Los soldados de Lee, que habían ocupado las trincheras bajas, durante la noche tuvieron que volver a sus líneas.

Sin embargo, el desgaste en ambos ejércitos cada vez era mayor, acumulándose tanto el número de bajas como el de soldados que no estaban en las mejores condiciones de combatir tras dos días de dura lucha. A pesar de los denodados ataques de Lee, apenas se había modificado la situación con respecto al inicio de la jornada. Lee había desgastado a sus tropas sin lograr ninguno de sus objetivos. Lo único positivo de la jornada para los confederados fue la llegada de la División del general George Pickett, a última hora de la jornada, y de las tres brigadas de Caballería de J. E. B. Stuart, que no eran adecuadas para usarlas como simple infantería.

A pesar de contar con mayor número de tropas, Meade también había sufrido un importante desgaste, ya que tuvo que debilitar su centro para evitar que los flancos cayesen y fueran sobrepasados por los sudistas. Si Lee buscaba un punto donde podía romper la línea federal, ese era la zona de Cemetery Ridge. Al menos, aquello era en lo que confiaba Lee. El veterano general aun creía que podía vencer al Ejército del Potomac. Si lo lograba, la Confederación podría ser reconocida internacionalmente y lograr por fin terminar con esa larga guerra.

*El tercer día: la carga de Pickett (3 de julio de 1863)*

Lee tenía la esperanza de que el sector central de las líneas de **Meade** estuviera debilitado, por lo que

confiaba en que un ataque potente pudiera perforarlo, para que así, en combinación con el resto de sus generales, acabar con el Ejército del Potomac. Su punta de lanza sería la **División de Pickett**, que había llegado el día anterior y que aun no había combatido, por lo cual se encontraba fresca y dispuesta.

El lugar elegido para atacar sería **Cemetery Ridge**. Sin embargo, entre la línea confederada y la federal había una distancia de aproximadamente kilómetro y medio expuesto al fuego enemigo, sin ningún lugar en el que cubrirse ni protegerse.

Para evitar y reducir la capacidad de defensa federal, **Lee** decidió que antes de que avanzaran las tres brigadas que componían la división de Pickett (mandadas respectivamente por los generales **Richard Garnett**, **James Kemper** y **Lewis Armistead**), junto con el apoyo de otras dos divisiones (las dirigidas por los generales de brigada **Johnston Pettigrew** e **Isaac Trimble**, que habían sustituido a sus superiores al estar ambos heridos), se realizara un fuerte bombardeo sobre las posiciones federales. Pretendía destruir las defensas e inutilizar los cañones que estaban en ese sector. Ciento cincuenta cañones comenzaron a abrir fuego a la una de la tarde, prolongando su fuego durante cerca dos horas.



Sin embargo, este bombardeo fue ineficaz, ya que no logró acallar ni dismantelar las posiciones unionistas en Cemetery Ridge, cuyas tropas eran dirigidas por el general **Winfield Scott Hancock** (1824-1886). Este general, fue llamado así por sus padres en honor del general Winfield Scott, comandante de las fuerzas estadounidenses en México y jefe del Estado Mayor. Los cañones del Norte no respondieron. Parecía

que los sudistas estaban logrando su objetivo, que el ataque podría surtir efecto y acabar con el enemigo. Los virginianos de Pickett estaban convencidos de que aplastarían a las fuerzas de Cemetery Ridge.

Lo que no sabían era que los cañones habían sido retirados para protegerlos y usarlos durante el asalto de infantería. Desconocían que las mechas de las granadas confederadas tenían una duración mayor de la habitual, debido a un defecto de fabricación y, por tanto, explotaban más tarde de lo que se había calculado. En lugar de explotar sobre las tropas de la Unión, muchas de ellas explotaron por encima de los soldados o tras las posiciones federales, sin hacer apenas daño.

Tras dos horas de intenso bombardeo, las fuerzas de Pickett comenzaron su avance hacia Cemetery Ridge. Confiaban en el éxito del cañoneo y en un relativamente sencillo asalto. La desesperación se dio nada más desplegarse las brigadas de Pickett. Las baterías de la Unión comenzaron a abrir fuego sobre los soldados confederados, diezmándoles según avanzaban hacia las posiciones enemigas.

A medida que se acercaban al alcance de los fusiles de la infantería federal, comenzaron a abrir fuego sobre los soldados de Pickett, afectando tanto al centro como a los flancos del avance, continuando la carnicería que comenzaron los cañones de la Unión.

Tras la muerte del general Garnett y las heridas de Kemper, solo quedaría en pie el general de brigada Armistead. Una imagen muy repetida en la iconografía sobre Gettysburg es cuando este último colocó su sombrero en la punta de su sable y ordenó el avance final. Junto a un pequeño grupo de soldados, animados por el gesto de su general, llegó hasta la línea federal y sus cañones. Los sudistas habían logrado llegar y romper la línea, pero eran tan pocos que no pudieron aprovechar la brecha. Armistead fue mortalmente herido en esos instantes, rápidamente llegaron refuerzos de la Unión y la brecha fue cerrada: se mantuvo la disciplina de fuego hasta que los restos de la fuerza de asalto se replegaron a sus posiciones iniciales.

La última solución de Lee para acabar con el Ejército del Potomac había concluido en un gran desastre. Supuso la destrucción en la práctica de la división de Pickett. En poco más de una hora, tuvo más de cinco mil bajas, bien por morir o sufrir heridas de diversa gravedad, entre ellos los tres generales de brigada que lideraron el ataque sobre las posiciones de la Unión.

Tras el fracaso del general Pickett, Lee se dio cuenta que no tenía recursos para continuar con la lucha y que la batalla decisiva si se había dado, era a favor de la Unión y no para la Confederación. Aunque sus soldados aún tenían fe en su general; creían en la victoria y esperaban reanudar la batalla al día siguiente, el 4 de julio, Lee había decidido no seguir, aunque mantuvo su enseña en el campo durante el día posterior, ordenando finalmente el repliegue de su ejército y dejando veintiocho mil muertos, heridos o prisioneros, es decir, más de un tercio de sus efectivos totales.

Aunque Meade había perdido unas cifras similares a las de Lee, con veintidós mil heridos y muertos, el potencial humano de la Unión era muy superior al de la Confederación, por lo que ese número de bajas fue mucho más asumible y soportable para el populoso e industrializado **Norte**. Aún quedaban dos años más de guerra. Lo peor estaba por llegar.

Aitor Pérez Blázquez

## Diez obras imprescindibles sobre Alejandro Magno

“Si alguien tiene derecho a ser juzgado de acuerdo con las normas de su propio tiempo, ese alguien es Alejandro.”

Hermann Bengston, *The Greeks and the Persians*

**Alejandro III de Macedonia** (356-323 a. C.), conocido como el Magno, solo vivió 32 años, pero le bastó ese tiempo para cambiar la faz de la tierra para siempre. Ya en su tiempo fue adorado como un dios y, después de su muerte, su cuerpo momificado y exhibido en el célebre Soma de Alejandría fue visitado y adorado por millones de personas, desde emperadores y poderosos hasta el más humilde esclavo.

En la Biblia, aun siendo ella misma a menudo un panegírico de la extrema violencia se hace, empero, un relato negativo de sus hazañas. El **Libro de los Macabeos** (1, 1-9) comienza con una valoración particularmente hostil: “Alejandro el macedonio, hijo de Filipo, que ocupaba el trono de Grecia, salió de Macedonia, derrotó y suplantó a Darío, rey de Persia y Media, entabló numerosos combates, ocupó fortalezas, asesinó a reyes, llegó hasta el confín del mundo, saqueó innumerables naciones”.

Por el contrario, en el **Corán** se recoge una bella y poética narración de la vida de **Alejandro Magno** (Sakander Al-Akhbar), al que se dedica dieciséis versículos (del 82 al 98) de la asura XVIII, y se le denomina Dhul-Qarnain o **Zulkarneinm**, que significa ‘el Señor del Doble Cuerno’, recogiendo la leyenda de los pueblos de la meseta irania y las montañas afganas donde se le conocía con **Sikander Bicornes**, Alejandro el de los dos cuernos, el símbolo del carnero de Amón, como se le representaba en Egipto, como hijo de Amón-Zeus.

Lo cierto es que la presencia de Alejandro y su leyenda atravesaron los oscuros siglos medievales, las luces del Renacimiento y la Ilustración, la vorágine y las convulsiones de la Edad Moderna y han llegado hasta nuestros días sin perder nada de brillo. Alejandro es el nombre que más niños españoles llevan desde el año 2000, nada menos que el 33,7 por mil, y los

seguidores y fanáticos del macedonio son infinitos cuando han pasado más de dos milenios desde su muerte en Babilonia.

Las obras sobre la figura del Grande son incontables, él solo permitió que reprodujeran su figura el pintor **Apeles** y el escultor **Lisipo** y que escribieran sus hazañas **Calístenes**, sobrino de su maestro Aristóteles, y su primo **Ptolomeo**. Pero las representaciones de Alejandro se convirtieron en un icono artístico y un canon estético. El característico cabello rizado cayendo sobre la frente (*anastolé*) fue repetido hasta la saciedad en la estatuaria helenística y romana.

Un **top ten de obras en cualquier soporte** que podemos ofrecer a los fanáticos del macedonio sería la siguiente:

1. **El muchacho persa**, de **Mary Renault** (1972). Novela que relata la biografía de Alejandro a través de la narración de un eunuco, **Bagoas**, que fue su amante hasta el final.

Es una deliciosa narración de precisión histórica con la base de una historia de amor real. El bello eunuco persa que es entregado como trofeo de guerra al victorioso rey macedonio y del que acaba enamorándose perdidamente.

Vemos con sus ojos las batallas, las decisiones políticas de Alejandro, los complots para asesinarle, sus errores, sus desvaríos, hasta el dramático final en Babilonia.

Una acertada obra de la escritora inglesa, que tiene nada menos que diez dedicadas a la figura de Alejandro Magno, del que se confesaba incondicional, pero ésta es sin duda la mejor y por eso encabeza nuestra clasificación.

2. **Alejandro Magno: conquistador del Mundo**, de **Robin Lane Fox** (2007). Una magna obra de no ficción, 996 páginas, sobre el Gran Alejandro. El autor se declara “enamorado” del macedonio, empero no empaña la objetividad de la narración de esta biografía, o al menos lo intenta. No puede evitar ciertas justificaciones a las decisiones más controvertidas del conquistador. El asesinato de amigos, la masacre de pueblos, los

desvaríos finales, etc., son tratados sin edulcoraciones, pero tampoco haciendo de ellos los vértices de la obra. El Grande era grande, y sus miserias humanas haciendo aún más perceptible esa grandeza.

Una magnífica biografía y una obra excepcional, recomendable para adeptos y detractores, si los hubiera.



**3. Retrato de hombre con armadura, posiblemente Alejandro Magno, de Rembrandt Harmenszoon van Rijn.**

Este espléndido cuadro fue pintado por el maestro holandés en 1650 por encargo.

Ha tenido siempre la polémica de certificar si el personaje retratado es el rey macedónico, Atenea o algún otro rey clásico.

La opinión generalizada es que retrata a Alejandro, con armadura de parada y pendiente como señal de orientalismo, que en esa época era considerado persa y griego, y ambas tierras pertenecían al sultán de la *Sublime Puerta*.

**4. Alexander the Great, de Iron Maiden.** Peculiar canción perteneciente al disco *Somewhere in time* que la banda inglesa de *heavy metal* publicó en 1986, fue compuesta por **Steve Harris**, bajo y principal autor de las canciones del grupo. Relata con sorprendente fiabilidad histórica la vida y batallas

del Magno, con datos solo al alcance de estudiosos y fanáticos de la figura de Alejandro.

Considerada como una de las mejores de ese disco nunca ha sido interpretada en directo en los conciertos de Iron Maiden. Un rumor extendido entre sus fans dice que el grupo la reserva para su concierto final de despedida.

**5. Vida y hazañas de Alejandro Magno, autor conocido como el Pseudo-Calístenes.** La crónica de las campañas de Alejandro escrita por el sobrino de Aristóteles, Calístenes, se perdió cuando éste murió ejecutado por traición. Pero posteriormente aparecieron varios manuscritos que se le atribuyeron. Esta obra fue reunida en diez volúmenes denominados *Biografías de Alejandro* (también llamados *Novelas de Alejandro*), siendo la base de todas las leyendas sobre su figura en la Edad Media. La forma final de este texto pertenece al siglo III, su autor es generalmente conocido como el *Pseudo-Calístenes*, si bien la traducción al latín, hecha por **Julio Valerio Alejandro Polemio** (principios del siglo IV), también es atribuida a un tal **Esopo**.

Lo cierto es que la obra se hizo muy popular y ha llegado con variaciones y distintas amputaciones hasta nuestros días. Es una delirante historia que atribuye la paternidad de Alejandro a Nactabeo, el último faraón de Egipto, derrocado por los persas, que exiliado en Macedonia deja embarazada a Olimpia. Alejandro al saber su origen bastardo asesina a su padre biológico y esa es la principal causa de las desventuras de su larga búsqueda de la gloria.

Es un disparate histórico, pero interesante en el sentido narrativo y sobre todo pintoresca como relato social.

**6. Alejandro Magno: el hombre y el mito, película documental de National Geographic,** editada por Anne Goetz y narrada por Ron David. Realizada en 2004, es una acertada reconstrucción de las campañas, la vida y la personalidad del macedonio. Durante 60 minutos se recrean de manera magistral paisajes, escenas y descripciones más que logradas del tiempo de Alejandro. Para seguidores y fanáticos es imprescindible.



7. *El maestro de Alejandro*, de **Annabel Lyon** (2010). Esta novela se acerca a la vida del Magno a través de la biografía de su maestro **Aristóteles**. En este caso no es una obra laudatoria ni una hagiografía. Descubrimos los defectos de Alejandro, como un ser superior desde su infancia, sin ahorrarnos las lacras que engarzan la grandeza con la monstruosidad. El más sabio de los griegos no pudo dejar de percibir esa parte oscura y horrenda del Grande, pero tampoco evitar amar con locura a su discípulo, al que todo se debe perdonar porque su luz es tan enorme que barre cualquier posible oscuridad, por horrible que sea.

Apasionante novela, con toques oníricos y crudeza narrativa.



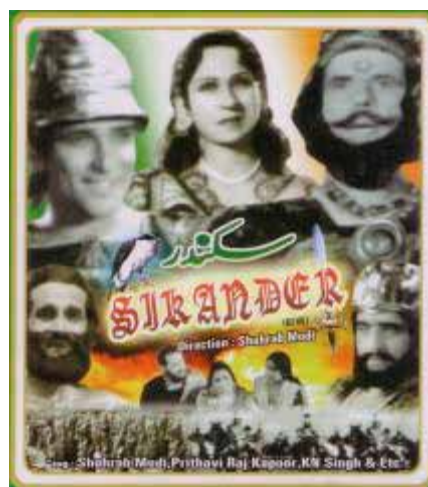
8. **Busto de Alejandro Magno de la Acrópolis**. Bellísima escultura realizada en mármol pentélico policromado que, exhibida en el Museo de la Acrópolis de Atenas, es atribuida al escultor ateniense **Leocares**.

Realizada tras la **batalla de Queronea** (338 a. C.), la primera que dirigió y ganó Alejandro, cuando solo tenía 18 años. Los derrotados atenienses usaron esta forma de congratularse con el vencedor.

Conserva todavía cierta pigmentación policromada de color rojo en el pelo, que indica que la cabellera (el *anastolé*) era de color amarillo para imitar la melena leonina del macedonio. Este joven Alejandro se muestra en toda su belleza y triunfo, lo que consigue captar el supuesto autor, al que también se le atribuye el hermoso Apolo Belvedere del Museo Pío-Clementino del Vaticano.

9. *Historiae Alexandri Magni Macedonis*, de **Quinto Curcio Rufo**. Es una biografía de Alejandro Magno en diez libros. Los dos primeros están perdidos, y los ocho restantes incompletos. El escritor romano, que vivió en el siglo I d. C., intentó en esta obra realizar una biografía del gran héroe al estilo homérico en su estructura formal, con el gusto por la retórica y en el tono moralizante propio de los cantos de la *Iliada*.

El resultado es curioso y en algunos momentos apasionante, aunque con lagunas aburridas. Para los muy fanáticos de Alejandro: más que interesante y recomendable obra.



10. **Sikander**, película india de 1941, dirigida por **Sohrab Modi**. Las películas sobre Alejandro Magno en general son malísimas. El último intento, *Alexander*, la gran producción de Oliver Stone del año 2004, es un claro ejemplo del poco acierto del mundo del cine con la figura de Alejandro. Por eso, por su peculiaridad, rodada en la India colonial en 1941, con reparto, director y medios técnicos indios destacaría esta pequeña joya.

*Sikander* relata las campañas de Alejandro más allá del Hindu Kush, en concreto la batalla contra el rey indio Poros, que fue durante siglos legendaria. Interesante para darse cuenta del concepto y la percepción que en esas lejanas tierras tienen del Magno, al que sin duda consideran un dios, como no podía ser de otra manera...

Miguel Gil